

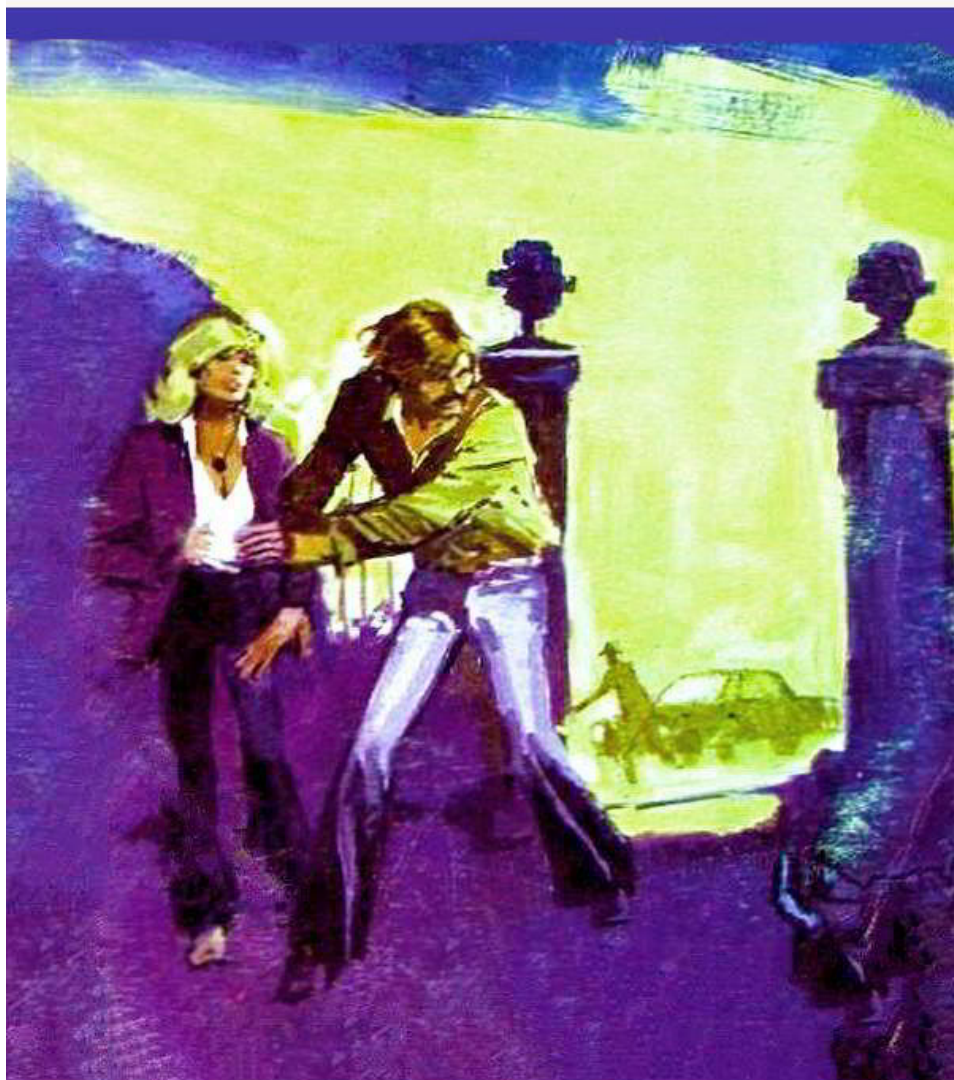
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

no morirás tres veces

Kelltom McIntire



Desde luego, siempre era la misma voz. Quejumbrosa, hueca, sin matices, lejana, átona.

—¡Sigue, Jane! ¡Sigue adelante! ¡No desmayes»...!

Y Jane, obsesionada, obedecía.

Era cuestión simple: sumar una libra tras otra, hasta reunir mil, dos mil..., cincuenta mil. O, tal vez, incluso cien mil.

No, ¡oh, no!, no era fácil hacerse con el dinero, aunque los que no estaban en el «negocio» pensasen otra cosa. Había que pelear con las muchachas, vigilarlas constantemente, ejercer una autoridad férrea y, sobre todo, controlar y seleccionar a los clientes.



Kelltom McIntire

No morirás tres veces

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1353

ePub r1.0

Lds 03.10.18

Título original: *No morirás tres veces*

Kelltom McIntire, 1976

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Desde luego, siempre era la misma voz. Quejumbrosa, hueca, sin matices, lejana, átona.

—¡Sigue, Jane! ¡Sigue adelante! ¡No desmayes»...!

Y Jane, obsesionada, obedecía.

Era cuestión simple: sumar una libra tras otra, hasta reunir mil, dos mil..., cincuenta mil. O, tal vez, incluso cien mil.

No, ¡oh, no!, no era fácil hacerse con el dinero, aunque los que no estaban en el «negocio» pensasen otra cosa. Había que pelear con las muchachas, vigilarlas constantemente, ejercer una autoridad férrea y, sobre todo, controlar y seleccionar a los clientes.

La mayoría eran borrachos. Pero también venían maridos divorciados, comerciantes acomodados, individuos tímidos, incapaces de acercarse a una mujer sin llevar en la mano un puñado de billetes; hombres casados, amargados, cansados de todo, frustrados; viejos verdes; viciosos...

Para Jane, cualquier cliente era bueno, en principio. Ponía dos condiciones: la primera, pagar por adelantado y sin regatear; la segunda, evitar toda pendencia en su casa.

No era fácil sacar adelante el «negocio». Pero Jane tenía cuarenta y cinco años y llevaba casi treinta en el «oficio». Su experiencia le permitía salir adelante.

Perezosamente se inclinó sobre la mesilla de noche y vertió un chorro de *whisky* en el vaso.

Esbozó una mueca amarga al tragar el licor, como si le costase un gran esfuerzo hacer llegar el ardiente brebaje hasta su estómago lacerado.

Luego dejó el vaso en la mesilla y dio un par de chupadas al cigarrillo que humeaba en el cenicero.

Se contempló, con placer en el espejo del techo.

El cristal azogado le devolvió la propia imagen: un cuerpo de mujer algo rellenito, todavía atractivo. Pero no podía engañarse: cada año transcurrido, la báscula arrojaba inexorablemente dos o tres kilos de más.

Ya no había tersura en su rostro, antes lozano. Ni tampoco el brillo, pícaro y provocativo, en sus ojos verdosos.

Lentamente, con afán crítico, Jane Butler contempló las arrugas apenas disimuladas de sus párpados y la papada incipiente bajo su fina barbilla.

El espejo le permitió advertir que, bajo la almohada, sobresalía su querida cartera de piel de cerdo, donde guardaba la recaudación diaria.

Un gesto instintivo y Jane se volvió sobre el lecho y palpó nerviosamente la cartera.

Un suspiro brotó de sus labios. El dinero estaba allí, entre los pliegues del flexible cuero, perfectamente ordenados los billetes de cinco libras, de diez, incluso de cincuenta.

Cerró los ojos, fatigada.

Y de nuevo volvió a oír aquella voz monótona en lo más profundo de su mente:

—¡Sigue, Jane! Consigue lo que te has propuesto... ¡Cien mil libras! Luego... podrás sacudirte todo el lodo y la podredumbre con que el destino te manchó.

¡Dinero, dinero, dinero...!

Dinero, sí.

¿Qué otra cosa podría hacer olvidar a Jane Butler su bajeza y su vergüenza...?

Ansiaba liquidar el «negocio» y retirarse a vivir tranquilamente a un lujoso apartamento de Chelsea o de cualquier otro barrio silencioso, amable y discreto donde nadie pudiera recordarle tanta humillación, tanta indecencia como había tenido que afrontar para conseguir el dinero que ahora poseía.

Se sentía cansada de explotar aquel antro de Down River Lane, aunque Dolly McAdams o Berta Seaman siguieran envidiándola. Claro que la casita del silencioso callejón era discreta y céntrica, pero...

Aplastó el cigarrillo sobre el cenicero de plata y se incorporó

espacio, sin la agilidad de movimientos de otros tiempos.

Y al ponerse en pie se contempló de nuevo en el enorme espejo, del cabecero.

Se aprobó a sí misma con un fruncimiento casi imperceptible de los gruesos labios sensuales.

«Aún no estoy acabada», pensó, mientras se contoneaba ante el espejo. No sería difícil encontrar un buen hombre de mi agrado, honrado y cariñoso... «Casarme, vivir tranquila, respetada, como una señora... Y, tal vez, recuperar a Elsie».

Sus pensamientos le produjeron una extraña e intensa excitación.

Por su mente desfilaron las imágenes de un *cottage* lujoso, rodeado de abetos, aderezado con un bello jardín. Allá, bajo el porche, se alzaba una silueta varonil, de facciones imprecisas... ¿Su esposo?

Sonrió, sin poder contenerse. E incluso un suspiro hondo hinchó su voluminoso busto, menos turgente ya que unos años atrás.

Era un bello sueño para una mujer de su condición. A veces, Jane imaginaba que todo aquello era demasiado hermoso para convertirse en realidad. Pero un impulso interior, una cierta ansia, desgarrada y violenta, le obligaba a considerar su deseo como algo tangible, cercano, posible.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos bruscamente. Acababa de escuchar una carcajada estridente, aguda, y desagradable.

¿O acaso se trataba de un grito, de un gemido...?

Jane consultó, impaciente, su costoso relojito de oro.

—¡Las cuatro! —murmuró, rabiosa—. Lylah debía haber terminado la función. Le di las tres como plazo y... ¡es demasiado tarde!

Ya se disponía a abandonar su alcoba. Pero se detuvo.

Lylah...

Era la más bella y fina de sus pupilas. La que colaboraba de forma decisiva a que Jane consiguiera aquellas cien mil libras que suponían el límite de su ambición.

Lylah era preciosa. Delgada, esbelta, perfectamente formada, con su rostro de *bibelot*, sus ojos oscuros, profundos y expresivos, sus ademanes suaves y delicados, elegantes y fáciles; su voz

cuidada, tímida e insegura como la de una niña o una adolescente.

No era como las otras.

Susan, Kitty, Sally, Wanda... atesoraban todo un repelente caudal de grosería y vulgaridad. Quizá sólo eran espejo de la propia Jane.

Pero Lylah...

Lylah se había presentado una noche, inesperadamente, en la casa.

Dijo que estaba sola, que necesitaba comida, dinero... Por supuesto, Jane Butler no exigía a las muchachas ningún documento de identidad.

Jane observó a Lylah de hito en hito, asombrada. Porque no eran mujeres como la que en aquel momento tenía ante sí, las que solía tratar.

—Pareces muy joven... ¿Cuántos años tienes? —inquirió—. ¿Dieciséis, dieciocho, tal vez?

Una leve vacilación. Los juveniles labios se plegaron.

—Veintidós... Tengo veintidós años —aseguró Lylah, rehuendo la mirada inquisitiva de los ojos de Jane.

Era mentira, desde luego.

Bastaba contemplar sus formas, aún indecisas, el escaso relieve del busto, su esbeltez... para deducirlo.

Jane estuvo a punto de rechazarla. No era prudente. La policía...

Pero los tiernos labios de Lylah temblaban, expectantes, y sus ojos dorados tenían un brillo de súplica.

—¿Tienes hambre, no es cierto? —exclamó Jane, al cabo. Y agregó, observándola críticamente—: Probablemente habrás escapado del reformatorio, ¿no es eso? Está bien, entra. Nadie podrá decir que Jane Butler es capaz de negar un plato de comida a alguien que lo necesite. ¿Qué esperas? Vamos, entra.

La verdadera intención de Jane era despedir a aquella jovencita pocas horas después.

Pero llegó la noche. Y llegó míster Justin Aldrish.

Aldrish era el dueño de un importante negocio de compra-venta de automóviles usados.

Mientras *madame* hablaba con él en el vestíbulo, Lylah salió de la cocina a preguntar Dios sabe qué cosa. Y Aldrish la vio.

—Una chiquilla preciosa —exclamó el hombre.

Resultó imposible explicarle a míster Aldrish que, en verdad, Lylah no formaba parte del grupo de sus pupilas.

En cualquier caso, Aldrish deslizó rápidamente unos billetes en la mano de Jane.

De un vistazo experto, *madame* calculó la cantidad de libras que el hombrecillo le ofrecía. Y el dinero, como siempre, barrió todos sus escrúpulos.

—Ven aquí, Lylah, querida —llamó a la adolescente con voz suave, untuosa, profesional—. Quiero que conozcas a míster Aldrish.

Lylah se acercó tímidamente y estrechó la mano regordeta, fofa y tibia del comerciante.

Después...

Lylah se había incorporado al grupo.

No podía negarse que el negocio de Jane Butler había mejorado mucho económicamente desde que Lylah viniese a la casa de Down River Lane.

Quizá por ello, ahora, en lugar de irrumpir en la habitación de Lylah con cajas destempladas, Jane esperaba impacientemente a que todo quedase en silencio... para que *madame* pudiese descansar tranquila.

Se había sentado sobre el borde de la cama.

Muy distante, llegaba la música hasta los oídos de Jane.

Procedía, sin duda, de la habitación de Dolly, que solía drogarse al terminar la jornada, mientras escuchaba ininterrumpidamente un *blue* tras otro, completamente amodorrada.

Bruscamente, Jane se puso en pie. Tras una leve vacilación, corrió hasta la ventana y descorrió los visillos.

Al otro lado de la calle, estacionado en un sucio y estrecho solar cubierto de montones de basuras, podía verse el «Talbot», negro y brillante. Había comenzado a llover y las gotas de lluvia provocaban súbitos y diminutos destellos al estrellarse contra el techo metálico del automóvil.

—No se ha ido aún —gruñó, rabiosa—. ¡Ese tipo...!

Un escalofrío la sacudió de pies a cabeza. Había entreabierto las hojas de la ventana para poder ver con mayor nitidez y el viento helado traspasaba su piel. El otoño había llegado bruscamente y la calefacción no funcionaba aún.

Jane cerró la ventana con prisas, corrió hacia el armario y se arrebujó, friolera, en un tibio albornoz de lana fina, color azul, que contrastaba atractivamente con sus largos cabellos oscuros.

Indecisa, paseó veloz de un extremo a otro de la habitación, tratando de entrar en calor.

—Las cuatro veinticinco —murmuró entre dientes, dominada por el rencor.

En la calle resonó el petardeo rumoroso de un escape.

Jane corrió de puntillas hacia la ventana, llena de esperanza. Quizá se tratase del «Talbot» negro, abandonando Down River Lane...

Un destello rojizo se desvaneció hacia el Old Market. Pero no, no era el «Talbot» negro, que continuaba recibiendo la lluvia sobre sus oscuras y brillantes planchas en el angosto solar de enfrente.

Jane crispó los gruesos labios en un rictus iracundo.

—Decididamente —murmuró—, aunque se trate de Lylah, no estoy dispuesta a permitir que...

Así ya la manivela del cierre de su puerta, pero volvió a detenerse. Apercibió sus sentidos, trató de captar las carcajadas de Lylah, cualquier sonido...

Sin embargo, el silencio era absoluto ahora en la casa. También el tocadiscos de Dolly había enmudecido.

—¡Vaya horas de...! —Gruñó, airada.

Pero se sentía indecisa, como si una extraña inercia, superior a su rabia, le impidiera correr hacia la alcoba destinada a Lylah.

Un tipo raro, ese visitante.

Había llegado tarde a la casa de Down River Lane. Jane había mirado la hora, íntimamente fastidiada, cuando zumbó el timbre del vestíbulo: eran la una y treinta minutos de la madrugada.

Kitty, Wanda, Sally y Susan bostezaban perezosamente, tendidas aquí y allá, sobre los divanes del salón.

—Demasiado tarde —gruñó Jane, disgustada. E hizo tiempo suficiente para que el timbre volviera a resonar por segunda vez.

Pero en su interior, aquella voz átona y monótona la empujó a recibir al desconocido visitante... «*¡Sigue, Jane! ¡No puedes descansar hasta conseguir las cien mil libras!*».

Cruzó, pues, el salón, abrió la puerta cristalera y avanzó rápida sobre el brillante *parquet* del pasillo vestíbulo y descorrió el cerrojo.

La sólida puerta metálica apenas se abrió unos quince centímetros, sólidamente sujeta por la cadena de acero, segura y firme, que Jane había ordenado instalar algún tiempo atrás.

La luz que llegaba del callejón era mortecina, amarillenta y escasa. Del vestíbulo, sin embargo, provenía un fuerte haz de luz, blanco y brillante, suficiente para que *madame* Butler pudiera escrutar de un rápido vistazo las facciones del visitante.

Por lo demás, Jane apenas se detuvo a examinar el rostro del hombre. Porque inmediatamente se sintió atraída por el brillo centelleante del oro.

Oro, en verdad.

Oro en la gruesa pulsera «esclava» que se entreveía en la muñeca del hombre.

Oro también en las excitantes sortijas que ceñían aquellos dedos largos, fuertes, pálidos...

Oro y brillantes en el elegante pisacorbatas que ocultaba a medias un fino pañuelo de seda; oro en el reloj de su muñeca izquierda; oro y esmalte en los gemelos de los puños de la cara camisa blanca...

Jane se había sentido atraída siempre por el brillo pálido del oro. Quizá aquella devoción disculpase de alguna forma que *madame* no reparase demasiado en el individuo al que contemplaba a través de la rendija que mediaba entre la hoja de hierro y su marco.

¿Cómo hubiera podido describirlo Jane, si alguien hubiese preguntado por aquel hombre?

Bien. Era un hombre alto... Delgado, pero membrudo, de aspecto elegante, bien vestido, rostro un tanto demacrado y pálido, enmarcado por cabellos rizosos, rubio oscuro, patillas abundantes y un bigote muy poblado, aunque algo torcido.

¿Qué quería aquel caballero? ¡Caramba, qué iba a querer! Exactamente lo mismo que los restantes individuos que pulsaban el timbre de la calle situada en Down River Lane.

El desconocido introdujo su mano pálida, de largos dedos como sarmientos, bajo una de las solapas de su excelente gabán azul, y algunos billetes nuevos, tersos, aparecieron a la luz que brotaba de la lámpara del vestíbulo.

¡Dinero! El mejor reclamo para Jane Butler, que se apresuró a

descorrer la cadena fiador. El hombre se introdujo en la casa, seguro de sí mismo, como si pisara terreno conquistado.

—He oído hablar de Lylah —dijo sucintamente el desconocido.

Jane contemplaba, avariciosa, el grueso fajo de billetes, crujientes, nuevecitos.

—¡Es tarde, señor! —exclamó, secas las fauces de codicia.

El hombre contó, impasible, cinco billetes de diez libras y los puso en manos de Jane sin pronunciar una palabra.

Entonces, Jane le guió hasta el pasillo que llevaba al salón.

—Pase —invitó al hombre, tras empujar la puerta—. Lylah vendrá enseguida.

Cerró la puerta cuando el hombre hubo entrado en la alcoba y corrió a avisar a Lylah.

Volvió al salón y charló durante una hora con las chicas. Luego, Susan y Sally, tras desperezarse como gatas mimadas, se fueron a dormir. Poco después se marchaba Wanda, moviendo provocativa y lánguidamente, sus anchas caderas.

Hacia las tres de la madrugada, a Jane le escocían los ojos. En su negocio no se madrugaba demasiado, pero aquél había sido un día muy movido y *madame* se sentía dominada por la fatiga. La lluvia, cayendo continuamente, provocando su sordo rumor en tejados, canalones y tragantes, invitaba a dormir, por otra parte.

—Kitty, querida —ronroneó al cabo, notando que el sueño la vencía—. ¿Quieres quedarte un rato? Voy a mi habitación. Si adviertes que Lylah tarda demasiado, avísame.

Kitty murmuró algo entre dientes, distraída. Hojeaba las páginas de una revista ilustrada.

—¿No has oído? —preguntó bruscamente *madame*, plegados los labios en un rictus colérico—. Te decía que...

—He oído, *señora* —respondió Kitty, que remarcaba con redomado énfasis la palabra «señora», pues Jane obligaba a sus pupilas a llamarla así—. Prometo que vigilaré.

Jane se puso en pie y se marchó a su habitación.

Siempre encargaba a Kitty de misiones semejantes. Porque Kitty era la más descarada, la más autoritaria y endurecida de todas.

En cierto modo, Jane odiaba a Kitty, porque la muchacha solía enfrentársele con excesiva frecuencia. Pero de todas formas, Jane encontraba en ella la mejor auxiliar, capaz de hacer frente a

cualquier contingencia en ausencia de *madame*.

En su habitación, Jane aguardaba impaciente a que el dueño del «Talbot» abandonase la casa. Sólo entonces podría cerrar la puerta de la calle y entregarse tranquilamente al descanso.

—Se terminó —gruñó entre dientes. Y *madame* abrió la puerta de su alcoba, exasperada ya hasta el límite.

Pero inmediatamente se detuvo, rígida.

El pasillo interior que conducía al salón y el propio salón, se encontraban en completa oscuridad.

En realidad, Jane no pudo percibir un solo destello luminoso.

Cerca, en el mismo pasillo, estaban las habitaciones de Susan y de Sally. De allí no llegaba el menor rumor.

Permaneció en actitud vacilante. Por un momento, su educación de corte barriobajero la impulsó a prorrumpir en procacidades. Pero las palabrotas no llegaron a concretarse en sus labios.

Acababa de realizar un extraño descubrimiento: las puertas de las habitaciones de Susan y Sally... permanecían abiertas.

Incongruente.

El otoño, en una brutal acometida de frío y humedad, se había arrojado de improviso sobre la ciudad. ¿Cómo, entonces, aquellas dos estúpidas dormían en sus lechos con las puertas de sus habitaciones abiertas de par en par...?

Algo extraño, confuso, deletéreo flotaba en el ambiente.

Inconteniblemente, Jane se llevó una mano a los labios en un maquinal intento de acallar el grito histérico que afloraba ya, impetuoso, a su boca.

—¡Kitty, Kitty...! —llamó en un susurro medroso.

Pero Kitty no respondió.

CAPÍTULO II

Jane Butler retrocedió lentamente hasta encerrarse, de nuevo, en su habitación.

Se sentía espantada, temblorosa, tan confusa que era incapaz de concretar una sola idea práctica.

El espejo del cabecero le devolvió la imagen de un rostro absolutamente alterado por el terror. Sus manos temblaban y sus ojos, desorbitados, vagaban locamente de la ventana a la puerta y de la puerta a la ventana.

—Debo... debo serenarme —murmuró, haciendo un esfuerzo por imponerse a sus emociones.

Pero sus movimientos eran torpes cuando tomó la botella de *whisky* y bebió, ansiosa, un largo trago de licor.

El alcohol le devolvió un ápice de entereza y la suficiente serenidad para pensar, si bien atropelladamente.

¿Qué había ocurrido en su casa..., por qué aquel silencio denso y opresivo, por qué la espantosa oscuridad...?

—Kitty debió apagar las luces —se dijo, impaciente por encontrar una explicación satisfactoria a la insólita situación—. ¡Claro que sí! ¿Cómo pude ser tan estúpida, por qué me dejé arrebatar por el pánico? Ese individuo debió marcharse ya, y Kitty cerró la puerta y apagó las luces. Lylah y ella se han ido a la cama y duermen apaciblemente, ¿qué otra cosa pudo ocurrir? Sin duda, Kitty supuso que yo estaba dormida ya y decidió no molestarme.

Se administró otra generosa ración de *whisky*, más animada, sin preocuparse de utilizar el vaso.

Pero todas aquellas razones se desvanecieron como humo llevado por el huracán cuando volvió a pensar en las puertas de las alcobas de Susan y Sally... abiertas de par en par.

Otro pensamiento vino a perturbarla aún más: el coche estacionado frente a su casa, en el solar próximo.

El solar...

Todavía podía recordar Jane aquella noche dramática en que la vieja Harriet Ludow había prendido fuego al caserón de enfrente, una antigua construcción de dos pisos, edificada en madera en su casi totalidad.

La vieja Ludow...

Había quien pensaba de ella que era una bruja. Se sospechaba en el barrio que la anciana ofrecía culto a Satanás en lo más recóndito del caserón.

Pero se decían de ella cosas más horribles aún: algunos aseguraban que la anciana se valía de mil estratagemas rara atraer a niños de corta edad hasta la sórdida casucha.

Algunos meses atrás, se habían producido varias desapariciones de niños. La policía había investigado, pero los niños jamás fueron hallados.

Presionada por las denuncias anónimas, la policía había registrado la casa de la señora Ludow, quizá esperando hallar en sus recónditos sótanos mil hallazgos horrorosos. Pero...

Nada sospechoso se encontró y la policía dejó de prestar atención a aquel tipo de denuncias. Claro que la gente seguía sospechando de la vieja, que algunas veces asomaba su faz demacrada por uno de los ventanucos y profería en horripilantes maldiciones contra los intrusos y curiosos que deambulaban por Down River Lane.

Pero ¿por qué venían aquellos desagradables recuerdos a atormentar más aún a Jane Butler?

El licor descendió mucho de nivel en la botella tras la tercera libación de *madame*.

Sin embargo, Jane, obsesionada, no podía ahuyentar los recuerdos que se atropellaban vivamente en su memoria.

Cuando tuvo lugar la tragedia de la vieja Ludow, Sally vino a despertarla, aterrada. Y la arrastró a una ventana, desde la que Jane podía contemplar el caserón de enfrente, pasto ya de las llamas.

Todo el edificio ardía por los cuatro costados. Abajo, en la calle, en Down River Lane, se había formado un grupo de curiosos que contemplaban, morbosamente excitados, el imponente brasero.

El aire abrasaba. Se oían los crujidos de las gruesas vigas de madera, calcinadas, y, de cuando en cuando, torrentes de chispas se elevaban hacia el oscuro firmamento.

Luego, de repente, la anciana Harriet Ludow apareció en una de las ventanas superiores.

Se diría que su horripilante silueta había sido esculpida por el mismo fuego del averno.

Los cabellos de la vieja ardían. El fuego había prendido también en sus ropas y la vieja se agitaba como una lagartija, tendidos los flácidos brazos al vacío, en una patética llamada de socorro.

Nadie tendió su mano a la pobre anciana, tildada de bruja. Ninguno de aquellos curiosos se movió para avisar a la policía o para solicitar la ayuda de los bomberos.

Por el contrario, el grupo formado por los ladrones y golfos de Old Market, por ancianas borrachas y meretrices callejeras de baja estofa aullaba y gritaba, excitados hasta el paroxismo, mientras arriba resonaban los estridentes y terroríficos chillidos de la señora Ludow, que se asaba lentamente en la imponente hoguera ante la fría indiferencia de sus semejantes.

Tampoco Jane Butler movió una mano para terminar con el horrible sufrimiento de la vieja.

Con los ojos brillantes de excitación, asistió a su agonía, sin mover un solo músculo facial.

Hubiera sido fácil salvar a la anciana Harriet Ludow Jane disponía de una fuerte y larga escalera, con la que hubiera sido posible rescatar a la vieja. Pero ni Jane ni ninguna de sus pupilas acudió en su socorro.

Gozaban del espectáculo, simplemente. Asistían al cruento incidente con los ojos abiertos y brillantes de emoción, las aletas de la nariz distendidas y los labios resecos.

Todo terminó bruscamente cuando el maderamen del tejado cedió y las gruesas vigas convertidas en brasas se abatieron sobre Harriet Ludow.

Sus chillidos escalofriantes cesaron y sólo se oyeron los crujidos de la vieja casona destruida, el crepitar de las llamas y el rumor, ya apagado, de los comentarios de los ávidos curiosos.

Docenas de personas habían asistido, impávidas, al cruel espectáculo, incluidas Jane Butler y sus alegres pupilas de Down

River Lane.

¿Bruja... la vieja Ludow? En realidad, sólo estaba loca.

No era peligrosa su locura. Harriet Ludow jamás ofendió sino a los que se burlaban de ella, a los que la zaherían y atormentaban constantemente.

Jamás hizo mal a nadie. Rezaba y murmuraba en voz alta constantemente. Pero ¿qué mal había en ello?

Jane se estremeció al compás de los recuerdos.

No es que ahora sintiera pesar por no haber intervenido a tiempo en favor de la «bruja». Harriet Ludow, porque la verdad era que se había sentido terriblemente excitada mientras escuchaba los estridentes gemidos de la anciana y contemplaba su oscura silueta retorciéndose a contraluz de las rojas llamaradas.

No era remordimiento, no. Era temor.

—Estoy loca —murmuró en voz alta—. ¿Es que acaso puede amenazarme el espectro de Harriet Ludow?

No, claro que Jane nada había tenido que ver en el dramático suceso.

Cuando el edificio fue consumido por el fuego y los bomberos — que aparecieron cuando nada podía remediarse— consiguieron extinguir los rescoldos, la policía anduvo husmeando entre las cenizas calientes y todavía humeantes.

La vieja Ludow utilizaba una vieja y peligrosa estufa. Sin duda, la anciana había hurgado torpemente en ella y algunas brasas cayeron, sin que ella lo advirtiera, sobre el piso de madera.

La policía dijo que se trataba de un accidente casual y allí terminó todo. No existía ningún culpable, por tanto. Pero...

Jane volvió a utilizar la botella de *whisky* como remedio positivo contra el pánico que se iba apoderando poco a poco de ella.

Cuando terminó de beber, miró su relojito de oro.

—Las cinco de la madrugada —murmuró—. ¿Qué... qué debo hacer?

Se oía el repiqueteo de la lluvia azotando los tejados de zinc y el rumor sonoro de las aguas corriendo por los canalones y bajantes; el rítmico y medroso

tap-tap

de los goterones, tan semejante al rumor de pasos; el chorreo rumoroso de los canales vertiendo sobre los adoquines del

pavimento de la desierta Down River Lane...

Experimentó un intenso escalofrío y se arrebujo aún más en el tibio albornoz. Pero siguió teniendo frío. Y miedo.

Al fin consiguió reunir el valor suficiente para ponerse en pie y avanzar hacia la ventana.

—El tipo ha debido marcharse —susurró, esperanzada—. ¡Su coche habrá desaparecido ya del solar...!

Apartó las cortinas, separó los finos visillos blancos. Y miró.

Los cristales estaban empañados y tuvo que limpiarlos. Lo hizo lentamente, temblorosa, con la misma fruición emocionada del jugador que avizora sus naipes haciendo resbalar suavemente el enigmático abanico de sus cartas.

Y cuando pudo mirar... el brillante y negro «Talbot» de cuadradas líneas continuaba, inmóvil, en el espacio donde, un año atrás, se había alzado el caserón de la vieja Ludow.

Apenas pudo reprimir un gemido de espanto. Luego se llevó las crispadas manos a los labios y retrocedió como si el aliento del averno acabase de acariciar su rostro.

Giró sobre sus talones y corrió, atropellándose, hasta tomar el teléfono que descansaba sobre una de las mesillas de noche.

Rápida aunque torpemente, marcó cuatro números y dos letras y aguardó, temblorosa, esperando oír de un momento a otro la voz de Dolly McAdams, con tanta ansiedad como si en ello le fuera la vida.

¡Dolly! Ella podía ser su salvación.

Pero *madame* McAdams debía estar durmiendo y el teléfono seguía enviando sus urgentes llamadas de socorro a través del hilo metálico.

Jane se mordía los labios... «¡Maldita holgazana! ¡Despierta, Dolly, despierta ya! ¿No ves que te necesito desesperadamente?».

Al fin se oyó el «clic» familiar y la voz pastosa, lenta y perezosa de su amiga.

—¿Puede decirme quién es el estúpido que me...?

—¡Por favor, Dolly, no me interrumpas! Soy yo, Jane —jadeó *madame* Butler—. Escucha, tienes que ayudarme. Ocurre algo... espantoso aquí, debes creerme. Pero no voy a perder el tiempo. Te lo suplico, Dolly, ¡ven!

Dolly debió pronunciar alguna gruesa palabrota en voz baja, porque Jane no pudo entenderla.

Y luego:

—Vamos, vamos, Jane. Tu voz suena estropajosa. Sin duda, has estado dándole a la botella y...

—¡Estúpida! —gimió Jane—. ¡No se trata de eso ahora! Yo...

—Te conozco, amiga mía —se burlaba Dolly, que regentaba también otro negocio semejante en el próximo Old Market y solía tener contactos de tipo comercial con *madame* Butler—. El alcohol provoca en ti espantosas pesadillas, visiones... Mira, querida, será mejor que bebas otro buen trago y trates de dormir... ¡Estoy tan cansada!

—¡Por amor de Dios, Dolly! —sollozó Jane, histérica—. Ahora no se trata de alcohol. Confieso que he bebido, pero... ¡es algo mil veces más horrible! Un hombre...

Siguió hablando y hablando presurosamente, desahogando su miedo con frases atropelladas, incoherentes, apremiantes...

Y finalmente comprendió que la comunicación se había cortado.

—¡Dolly, Dolly, no te vayas! ¿Me oyes? —exclamó, aterrada.

Volvió a marcar de nuevo, con una urgencia tremenda. Se equivocaba, tan torpe se sentía, y tuvo que pedirse a sí misma serenidad suficiente para marcar correctamente el número correspondiente a Dolly Mc Adams, en Old Market.

Y luego la comprensión llegó a ella de forma brutal: no había línea.

¿Por qué...?

Durante su conversación con Dolly había escuchado, sin prestarle mucha atención, un leve «clic».

«Como si alguien... en una de las habitaciones de esta casa... hubiese descolgado uno de los teléfonos supletorios», pensó.

La idea acentuó aún más su pánico.

¿Quién había descolgado el supletorio?

Sólo había una respuesta, que se abrió paso rauda en la mente de Jane: el desconocido que bien pudiera hallarse ahora en la alcoba del pasillo.

«Ha descolgado para escuchar mi conversación y... obrar en consecuencia», dedujo con meridiana clarividencia.

Temblando de espanto, avanzó hacia la puerta y se aseguró de que el cerrojo estaba perfectamente corrido.

Cuando volvió hacia el lecho se sentía tan desvalida como una

niña.

Le hubiera gustado acostarse, arrebujarse entre las sábanas y, cubierta por las cálidas mantas, dormir segura, protegida, tranquila.

Buscaba incesantemente una salida de urgencia, sin querer enfrentarse al horror que podría encontrar al otro lado de la puerta de su alcoba.

La solución salvadora no llegó.

Estaba incomunicada. Descolgarse por la ventana hasta la calle suponía el suicidio; más de diez metros de distancia hasta el duro piso de adoquines era demasiada altura para una mujer de cuarenta y cinco años, prematuramente envejecida y agotada.

Entonces recordó a Elsie. El recuerdo, como un soplo de viento suave y fresco, relajó por un instante la tensión que la atormentaba.

¡Elsie, la pequeña y bella Elsie, su hijita, el único amor desinteresado de su vida!

Pero Elsie no era ya una niña. Y se encontraba a excesiva distancia, inalcanzable.

«No saldré», murmuró con los incisivos fuertemente apretados entre sí. Y miró fugazmente hacia la puerta.

Sólo podía hacer una cosa, puesto que el miedo la dominaba absolutamente: esperar.

Aguardar a que transcurriese el tiempo. Las horas irían pasando, lentas y angustiosas, como impregnadas de ansiedad y zozobra. Pero al fin llegaría el día y...

Se tendió en el lecho y se cubrió cuidadosamente con las perfumadas ropas de cama.

Acurrucada como una niña, dobladas las piernas por las rodillas y abrazando con fuerza su propio busto, Jane Butler aguardó, llena de espanto, elevando inconscientemente una plegaria con un solo ardiente deseo: que la noche transcurriese rauda, que la luz del día penetrase cuanto antes a través de los visillos de su ventana.

Pasaron unos minutos. De repente, Jane apartó la ropa de la cama con la que se había cubierto incluso la cabeza y prestó atención.

Había sonado un leve crujido, un apagado siseo... hacia la puerta.

Suspiró, aliviada, al comprobar que seguía cerrada. Y tornó a cubrirse con la ropa.

Pero otra vez se produjo aquel suave rumor y Jane saltó en el lecho, despavorida.

Algo había en el suelo, sobre el pulido *parquet*. Un rectángulo de color más claro que el de la madera.

Sin poder evitarlo, Jane descendió de la cama y se aproximó a la puerta.

Un grito de inmenso asombro brotó de sus labios... ¡En el suelo había un billete de cincuenta libras!

Se inclinó y lo tomó en sus manos. Era bueno, nuevo, de curso legal.

Estaba preguntándose de dónde habría llegado aquel billete, cuando se oyó de nuevo aquel leve rumor.

Alzó los ojos y quedó pasmada de estupor. El pico de un nuevo billete de cincuenta libras asomaba por la parte superior del marco.

Alguien empujaba el billete desde el pasillo, era obvio. Pero ¿qué significaba tal acción?

El segundo billete quedó colgando, apresado entre la hoja de madera y su marco.

Jane contemplaba el raro suceso con los ojos brillantes y los labios entreabiertos de ansiedad.

Su codicia la empujaba a aproximarse, a tomar el billete terso y nuevo. Pero su desconfianza frenó sus movimientos.

El extraño fenómeno volvió a producirse. Por la rendija apareció el pico de un nuevo billete de cincuenta libras. Y otro, y otro...

Jane Butler, incapaz de reprimirse, se aproximó a la puerta, se alzó de puntillas y rozó con sus dedos uno de los billetes.

Entonces un largo y delgadísimo estilete penetró por el ojo de la cerradura y traspasó su vientre.

Un chillido escalofriante brotó de la garganta de Jane Butler al sentir heridas sus entrañas.

Sus piernas se doblaron y su cuerpo resbaló sobre la puerta. La hoja del estilete, firme sobre el ojo de la cerradura, segó su vientre hasta tropezar con el tórax.

Finalmente cayó al suelo y su propia sangre empapó el tibio albornoz azul.

Antes de morir, Jane oyó el rumor distante del motor de un automóvil, alejándose.

CAPÍTULO III

La denuncia había sido formulada por una gruesa pelirroja llamada Dolly McAdams.

El inspector Kasan llegó a las siete de la mañana, saludó a Briggs y al sargento Parkberry y observó a Dolly McAdams.

Era una mujer de unos cuarenta años, gruesa y tan pintada que Hugh Kasan apenas pudo disimular una sonrisa divertida.

Por desgracia, las abundantes lágrimas habían convertido su redondo y maquillado rostro en un curioso conglomerado de churretes negros, azules, lechosos, rosados y verdes, lo que daba a sus facciones una expresión entre grotesca y patética.

Bien metida en carnes, pero todavía vistosa, los voluminosos senos de Dolly se estremecían al compás de los hipidos.

—... ¡y yo me burlé de ella! —gemía—. Pero hubo algo en el acento desesperado de Jane que me obligó a echarme fuera de la cama. Me vestí rápidamente, tomé el paraguas y salí...

Al llegar aquí, Dolly McAdams se estremeció y un agudo hipido le impidió seguir su relato.

Entretanto, Hugh Kasan se había librado del chorreante impermeable que colgó en el perchero que había en un rincón, rodeó la mesa y se sentó, exhalando un suspiro.

Encargó al agente Briggs que le trajese un café negro y muy caliente y volvió sus ojos a la convulsiva Dolly McAdams.

Conocía a la mujer, gracias al archivo de Scotland Yard, pero, posiblemente, la McAdams no le conocía a él, por lo que decidió presentarse:

—Soy el inspector Kasan, señora McAdams. Y ahora, por favor, trate de serenarse y cuéntemelo todo de forma que pueda entenderla.

Se estremeció de frío y rogó al sargento Parkberry que elevase la potencia de la calefacción. Fuera, en la calle, seguía lloviendo sin cesar y los cristales de la ventana que daba al patio de luces chorreaban.

Dolly se enjugó las lágrimas con un pañuelito rosa que inmediatamente quedó tan sucio como puede suponerse.

—Se... se lo estaba contando al sargento Parkberry —articuló, sincopadas sus frases por los suspiros—. Jane me llamó anoche de madrugada...

—Bien, bien... Ahórrese eso. Dijo que había salido a la calle. Siga a partir de ahí —rogó Kasan con voz suave.

—Pues... crucé el Old Market y penetré en Down River Lane. Era una noche infernal, créame, inspector. Por el centro del callejón corría un torrente de agua y los canalones...

Completamente empapada, Dolly McAdams había avanzado unos cincuenta metros en Down River Lane, cuando hubo de apartarse a un lado para dejar paso a un automóvil.

—Maldije con toda mi alma al conductor. ¡El muy puerco...! Pasó junto a mí a toda velocidad y por poco no me atropella contra el muro. ¡Y por si fuera poco, los neumáticos cruzaron aquel torrente y me enviaron un chorro de agua sucia...!

—¿Qué clase de coche era? ¿Pudo ver al conductor? —quiso saber Kasan.

—¿El coche? Creo... Sí, era un «Talbot» negro, algo anticuado, pero muy brillante y cuidado.

—¿Y el hombre que conducía? ¿Podría reconocerlo?

—No lo sé... —Dolly retorció entre sus cuidadas manos el pingajo en que se había convertido su diminuto pañuelo—. No hay mucha luz en Down River Lane. Le vi a contraluz... Me pareció un hombre alto, de cabellos rizados, nariz aguileña, tal vez... ¡Pero pude tomar nota de sus manos, crispadas sobre el volante! Algo destelló entre sus dedos... ¡Sí! Llevaba algunas sortijas en los dedos, estoy segura. También...

—Siga, por favor —la animó el inspector Kasan.

—Avizoré el brillo de sus ojos... ¡Destellaban..., destellaban como los del diablo! El coche se alejó y yo quedé allí, dirigiéndole maldiciones. Seguía diluviando y comencé a estornudar. A punto estuve de volverme a casa, pero pensé en Jane y seguí adelante.

Brigs llegó con el café para el inspector Kasan y éste murmuró un rápido gracias, tomó la taza y disolvió rápidamente el terrón de azúcar en el ardiente y aromático brebaje.

—¿Quiere que Brigs vaya a buscarle un café, señora McAdams? —preguntó cortésmente.

—¿Café? ¡Oh, no, no; gracias! Con mis pobres nervios a punto de estallar, el café sería el golpe definitivo. ¿Quiere que siga hablando?

—Sí, por favor.

La mujer tragó saliva. No fingía. Se la notaba verdaderamente aterrada y al borde del ataque de nervios.

—La... puerta de la casa de Jane estaba... abierta. Y dentro no brillaba ninguna luz. «¡Jane, Jane!», llamé con voz queda, «soy yo, Dolly». Pero nadie respondió.

Dolly había aguardado unos minutos, angustiada al fin, había reunido fuerzas suficientes para penetrar en la casa. En el vestíbulo, palpó el muro, tratando de encender alguna luz, pero no encontró el correspondiente interruptor y siguió avanzando.

Conocía bastante bien la casa de Jane Butler y pudo llegar hasta el salón, a oscuras y muy despacio.

Súbitamente sus pies tropezaron con algún obstáculo. Dolly perdió el equilibrio y cayó. Un grito de dolor salió de sus labios cuando se lastimó el brazo derecho con la arista de una mesa.

—Traté de sobreponerme al dolor y palpé a mí alrededor para incorporarme. Mis dedos tocaron algo blanco, húmedo y caliente. Nerviosa ya hasta el paroxismo, conseguí recuperar mi bolso y rasqué una cerilla... ¡Dios santo, mis manos estaban manchadas de sangre caliente..., sangre tibia y viscosa! Miré al suelo y vi a Kitty... Su rostro estaba pálido y desencajado y su corta bata de casa aparecía empapada en rojo...

Hugh Kasan encendió un «Players». Lo hizo despacio, sin prisas. Lo hacía así deliberadamente, porque sabía que Dolly McAdams estaba mirándole fijamente. Y la mujer se había convertido para entonces en un puro nervio, por lo que Kasan intentaba serenarla con su actitud tranquila.

—Supongo que estaba muerta —insinuó.

—¿Muerta? ¡Por san Jaime, que tenía abierto el vientre de una puñalada! —gimió la mujer, cubriéndose el rostro con las manos—.

No sé cómo conseguí salir de allí a oscuras. Pero lo único que recuerdo es que corrí chapoteando sobre los charcos de Down River Lane hasta alcanzar la plaza de Old Market. Allí debí resbalar sobre algunas inmundicias y...

Los policías de un autopatrulla la habían recogido del suelo en tremendo estado de nervios y absolutamente empapada. Tras lo cual, e interrogada por la policía en la más próxima comisaría, fue conducida a la clínica más próxima, donde le fue inyectado un sedante y trasladada después a New Scotland Yard.

El resto del caso estaba plasmado en varias hojas mecanografiadas sobre la mesa del joven inspector Hugh Kasan.

Poca cosa...

La policía había penetrado en la casa de Jane Butler, situada en Down River Lane, y desvelado una escena horrorosa: seis mujeres asesinadas, apuñaladas, abiertos sus vientres con tajos que comenzaban en el bajo vientre y terminaban en el esternón.

La perfecta labor de un matarife, de un monstruo, insensible a todo sentimiento humano.

Tras hojear el primer informe, Hugh Kasan apenas podía evitar aquella remembranza... ¿Es que Jack *el Destripador* había renacido de sus cenizas?

Había muchos puntos de contacto entre los asesinatos del histórico criminal londinense y la persona que había irrumpido en el negocio de Jane Butler. Demasiados para que el joven inspector Kasan pudiera sentirse tranquilo.

Al igual que Jack *el Destripador*, el desconocido asesino —o asesina— de las pupilas de Jane Butler, había desahogado su odio contra prostitutas. Y también el procedimiento para dar muerte a las mujeres había sido idéntico: un tremendo tajo desde la parte inferior del vientre hasta tropezar contra el duro obstáculo que suponían los huesos del esternón.

Kasan terminó su café casi al mismo tiempo que la lectura del conciso informe. Frente a él, aquella pobre mujer, Dolly McAdams, sollozaba quedamente. Brigs y Parkberry, muertos de sueño —habían permanecido toda la noche en guardia—, bostezaban. Y en el exterior, la lluvia seguía cayendo perezosa, lamiendo los muros de ladrillos de New Scotland Yard.

Kasan, levantado a deshora, se sentía destemplado. Pero intuía

que no habría más remedio que enfrentarse a sus responsabilidades: trabajar, investigar, patear Londres, interrogar, amenazar, rellenar folios y más folios a máquina con los correspondientes informes.

Pensó en Elsa !, a la que había prometido un excitante fin de semana en Brighton. Elsa, deliciosa, embutida en un suéter color *beige* claro. Elsa, de ojos claros, intensamente azules. Elsa, suave, sensible, cariñosa, mil veces deseable. Elsa...

Tendría que esperar. Porque a algún desquiciado se le había ocurrido hacer de la noche anterior la fecha dramática de un asesinato múltiple incomprensible, repugnante.

En el informe había algo que le subyugaba y le producía una íntima desazón. Las hojas mecanografiadas y firmadas por el detective J.

L. Jackson

lo decían bien claro: la policía había tenido que descerrajar la puerta de la alcoba de Jane Butler, cerrada por dentro con un excelente cerrojo de acero. Y dentro había aparecido la dueña del «negocio», con el vientre abierto por una tremenda herida.

No era sólo aquello. También la ventana que daba a Down River Lane había aparecido cerrada mediante una gruesa falleba vertical, no violentada.

¿Se había suicidado Jane Butler? Era estúpido pensarlo siquiera: nadie se mata a sí mismo abriéndose el vientre..., excepto los japoneses cuando se someten voluntariamente al harakiri.

Inconscientemente, Hugh Kasan se sentía atraído por la declaración de Dolly McAdams en cuanto a la descripción del hombre que conducía el «Talbot» negro en Down River Lane. Un individuo alto, delgado, elegante, de cabellos rizados, sortijas en los dedos...

—Abundantes sortijas en los dedos —repitió mentalmente. Y algún recóndito recuerdo rondó en su mente, esquivo.

Poco después despedía a Dolly McAdams, que se alejó por el pasillo, acompañada por el sargento Parkberry —que la enlazaba muy estrechamente— hasta la calle.

Mientras Hugh redactaba un completo informe para el superintendente, fueron llegando Jim Gallagher, Tom Dreyssus y Jack Rossiter, los detectives afectos al departamento, que frotaban sus manos con fruición y se apresuraron a encargar cafés calientes y

negros al agente Brigs.

Hugh firmó su informe y salió del despacho camino del de superintendente Carmody. Hubo de dejar las hojas mecanografiadas sobre la mesa, puesto que *sir* Hubert Carmody no había llegado aún.

De vuelta hacia su despacho volvió a recordar a Elsa y una maldición comenzó a insinuarse en sus labios al considerar que el caso Butler le impediría pasar en su deliciosa compañía el fin de semana.

Encendió el segundo cigarrillo de la jornada en su despacho y organizó su plan de acción.

Era muy temprano. Apenas las ocho de la mañana. Y seguía lloviendo.

Sin poderlo evitar, Hugh tuvo una visión: su confortable apartamento de Kensington, un buen trago de *whisky* escocés mezclado con el aroma del café y... Elsa.

Pero allí estaban Gallagher Rossiter y Dreyssus con ojos de pez, dispuestos a inmolarse, a sacrificar el tibio cobijo del despacho por la humedad y el frío de la calle.

Envío a Rossiter a recoger el informe del forense Rockson, dio instrucciones a Gallagher para que repasara los archivos en busca de posibles enemigos de Jane Butler y ordenó a Tom Dreyssus:

—Ven conmigo. Vamos a dar un corto paseo.

—¿Un paseo... bajo la lluvia? —respondió Tom, desabrido. Pero calló en cuanto Kasan le dirigió una recta y desaprobatoria mirada.

Bajaron al garaje y tomaron un coche policial. En la calle, los limpiaparabrisas apenas daban abasto para dejar el cristal limpio de la lluvia que chorreaba desde un cielo plomizo, uniformemente cubierto.

—Va a llover largo y tendido —masculló Dreyssus, que era un joven delgado y enfermizo. Tosió seguidamente, como para dar a entender que no tenía muchas esperanzas de terminar la jornada sin haber pillado una buena pulmonía.

Hugh no dijo nada. Pensaba en Elsa McKinney, de la que se sentía profundamente enamorado.

Era una bendición del cielo. Hugh Kasan, joven, sí, atractivo. Kasan, un buen policía, un excelente profesional, pero... pobre como las ratas. Y, sin embargo, Elsa, hija de Howard McKinney, un hombre rico y poderoso, alabado y glorificado, estaba dispuesta a ir

con Kasan hasta el fin del mundo sin billete de vuelta, cuanto menos hasta el altar.

La había conocido de forma casual. Fue en los almacenes Elsworth, cuando unos atracadores quedaron reducidos en el interior del edificio, con ochocientas mil libras y cinco rehenes. Y uno de aquellos rehenes era Elsa McKinney.

Fueron unas horas terribles. Terribles en cuanto al trabajo permanente, a la tensión, a la angustia...

Afortunadamente, el suceso tuvo un desenlace incruento. Y la propia Elsa había tenido mucho que ver en ello. Licenciada en psicología, Elsa había hablado a los criminales suave y convincentemente, hasta que la resistencia de aquellos endurecidos delincuentes hizo crisis.

El inspector Kasan fue el primero en penetrar en el sótano de los almacenes, donde los atracadores se habían hecho fuertes. Y también el primero en establecer contacto con los rehenes...

Recordando todo aquello, Hugh dejó que una sonrisa; se insinuase en sus labios.

Sin embargo, alejó los recuerdos con un esfuerzo. Ahora no se trataba de la deliciosa Elsa McKinney, sino de investigar un caso de asesinato múltiple, de esclarecer un crimen sórdido y repugnante.

El coche policial rodeó la vetusta plaza de Old Market. Aún quedaban algunos puestos de frutas, de antigüedades y fruslerías. Algunas personas deambulaban bajo la lluvia guarecidos con sus paraguas y el humo de los cigarrillos se espesaba y ascendía perezosamente lamiendo las viseras y marquesinas de las tiendas.

Un hombrecillo cruzó temerariamente la calle, a punto de ser atropellado por el coche que conducía Tom Dreyssus.

—¡Maldito inconsciente! —Gruñó el detective Dreyssus, obligado a frenar a fondo—. Seguramente, estará borracho. ¡Esa gentuza...!

—Lo dudo —respondió Kasan—. Ese hombre no ha probado una gota de licor en su vida.

—¿Cómo lo sabe? —Dreyssus se volvía, sumamente intrigado, hacia el inspector.

—Le conozco muy bien. Se llama Horace Klugman y es abstemio. Pero será mejor que detengas el coche. Tengo interés por cambiar unas palabras con Horace «Haste»^[1]. Klugman... ¡Para!

Dreyssus estacionó el coche apuradamente tras una camioneta de reparto y miró al inspector Kasan, que se apeaba ya velozmente y corría entre los puestos de antiguallas y objetos inverosímiles que se exponían en el Old Market.

El hombrecillo, rápido y escurridizo, volvió la cabeza y le vio. Y enseguida, rodeó un grupo de varias mujeres que discutían a gritos y desapareció.

Kasan corrió tras él sin disimulos, contorneó una hilera compuesta por varios puestos de baratijas y le cortó la retirada.

Incapaz de huir ya, *Haste* Klugman sonrió ladinamente y simuló interesarse por unos antiguos herrajes.

—Ah, inspector Kasan. Tiempo húmedo éste, ¿eh? Pero usted dispone de un excelente impermeable. Yo...

Kasan le contempló, escéptico. Por sistema, *Haste* Klugman vestía de forma miserable: una vieja chaqueta, sobada y deshilachada, unos zapatos resecos y agrietados, unos trapos en lugar de calcetines y una vieja gorra con visera de hule componían su despreciable atuendo.

Sin embargo, el policía sabía muy bien que Klugman disponía de ingresos más que elevados.

¿Cómo obtenía aquel dinero? Era muy fácil: *Haste* buscaba clientes para *madame* Butler y otras proxenetas de la zona. Normalmente, el hombrecillo que tenía ante sí obtenía una cantidad por cada cliente que proporcionaba, aparte las generosas propinas de los extranjeros o forasteros que Klugman conducía hasta uno de aquellos antros.

—Muy húmedo —respondió Kasan, y se refería al tiempo—. ¿Te gustaría pasar seis años a cubierto, *Haste*?

El hombrecillo palideció. Pero supo controlarse e inmediatamente volvió a sonreír, distendiendo sus labios delgados y violáceos.

—Nada tengo que temer, señor, usted lo sabe. Pasaron los tiempos en que *Haste* Klugman reventaba una caja tras otra. Ahora, nadie puede acusarme. Mi vida...

—Es una solemne porquería —completó Kasan, frío—. No perdamos el tiempo, Klugman: huiste a toda prisa en cuanto viste mi coche. Y yo sé cómo se llama eso: sentido de culpabilidad. Sé muchas cosas de ti. Todas sucias, inconfesables. Te hubiera llevado

ya a la cárcel, si no sintiera compasión por ti, pues sé que no resistirías una nueva condena. Ahora voy a hacerte algunas preguntas. Y espero que contestes. Por tu bien.

—¡Desde luego que sí, inspector! ¿Qué..., qué quiere saber? —El hombrecillo se ofrecía, anhelante, al interrogatorio.

—Tú recorres los alrededores de Old Market hasta altas horas de la madrugada. Quiero saber si viste un automóvil, un «Talbot» de línea cuadradas, color negro —explicó el policía.

Haste simuló hacer memoria. Se chupaba un dedo sucio y panzudo, cuya uña estaba mordida.

—Un «Talbot», ¿eh? Sí, creo que lo vi. Sería algo más de la una. El tipo que lo conducía pretendía entrar por Down River Lane, en dirección prohibida. Me acerqué... Ya sabe...

—Lo sé. Pretendías guiarle hasta alguna de esas madrigueras que tú conoces.

—Bueno, uno tiene que vivir, inspector. El caso es que me acerqué al tipo y le dije que podía guiarle hasta la casa de *madame* Butler. Le indiqué que no podía entrar con el coche desde Old Market, y me ofrecí para servirle de guía, dando la vuelta por Saint Dimas. El tipo me dirigió una mirada terrible y me despidió con un gesto. Tras lo cual, el coche arrancó en dirección prohibida por Down River Lane.

—Estoy seguro de que lo seguiste —insinuó Hugh Kasan.

—Acierta, señor. El tipo me tenía intrigado, de modo que corrí tras el coche. Cuando llegué allí, el «Talbot» estaba estacionado en el solar de la casa que fue de la vieja Ludow, frente al «negocio» de Jane Butler. El hombre no estaba a la vista, por lo que comprendí que aquel sujeto conocía de sobra la casa de Jane. Y me di la vuelta.

—Tuviste que verle bien, Horace. ¿Cómo era? —preguntó el policía.

—Bueno... Un tipo impresionante. Debía ser muy alto, porque su cabeza casi rozaba el techo del coche. Rostro alargado, nariz fina y aguileña, facciones angulosas, demacradas... Vestía buenas ropas, un gabán azul, un excelente pañuelo de seda al cuello...

—¿Alhajas? —insinuó Hugh.

—¡Sí...! —asintió Haste, un tanto excitado—. En la oscuridad del interior del coche, vi brillar unos gemelos de oro, unos brillantes en un pisacorbata, varias sortijas muy caras en sus dedos... ¡Un

tipo importante, no había más que verlo! Por eso probé a sacar algo de él... ¡Mala suerte!

—Más tarde... ¿volviste a ver su automóvil?

—¡No, no...! Era una noche de perros. Tras tomar un *grog*^[2] en el *pub*^[3] de Eddie Calver, en Saint Dimas, decidíirme a dormir. ¡Este condenado reuma mío...! En fin, inspector, ¿puedoirme? —preguntó con voz entre tímida y doliente.

—Vete. Pero tal vez seas nombrado como testigo ante un tribunal dentro de algún tiempo —advirtió el policía.

—¡Por Júpiter, inspector! ¡Un tribunal! No hay nada en el mundo que tema más... ¡Por favor, por favor!, ¿es necesario que yo...?

—Vete ahora, Haste. Volveremos a vemos —respondió Kasan. Y volvió al coche, donde Tom Dreyssus, friolero, comenzaba a impacientarse.

—¿Qué...? —preguntó Dreyssus, nada más acomodarse el inspector.

—Nada. Vamos a Down River Lane, casa de Jane Butler —respondió Hugh, hermético.

Dieron la vuelta por Saint Dimas y penetraron en el estrecho callejón, por su extremo oriental.

—Puedes estacionar ahí —indicó Kasan, señalando el espacio vacío correspondiente al solar de lo que había sido un caserón un año atrás.

En la puerta de la casa había un *bobbie*^[4], que soportaba estoicamente la lluvia protegido por un impermeable azul oscuro.

La lluvia había arreciado y Hugh corrió sin disimulo hasta el quicio de la puerta, seguido de Dreyssus, que maldecía entre dientes.

—Inspector Kasan —se presentó el policía—. Me acompaña el detective Dreyssus. Quiero echar un vistazo.

—Desde luego, señor —respondió el *bobbie*. Y les dejó pasar.

Kasan husmeó el aire y suspiró complacido. El ambiente estaba impregnado de un perfume sutil, agradable, evocador.

En el salón, los eficientes policías de Scotland Yard habían dejado los muebles perfectamente ordenados, de forma que ningún indicio anunciaba el drama que había tenido lugar en aquella casa la madrugada anterior.

Sí, había manchas de sangre seca en el suelo. Y ello le obligó a recordar que estaba investigando un caso de séxtuplo asesinato.

Podía orientarse fácilmente y avanzó por el pasillo interior, husmeó en la alcoba de la izquierda, en la que contempló los dos lechos con las ropas deshechas y las sábanas manchadas de sangre.

Salió y avanzó por el pasillo. La alcoba que había pertenecido a Jane Butler estaba al final y la puerta permanecía abierta.

Jane Butler se había refugiado en aquel dormitorio. Se había encerrado por dentro, con cerrojo... ¿Cómo, entonces, consiguió el asesino alcanzar su objetivo, cómo pudo apuñalar su vientre de forma tan escalofriante?

Se volvió hacia atrás. Tom permanecía en el salón, indeciso, quizá esperando instrucciones.

Kasan observó la puerta. No cabía duda de que los policías habíanse visto obligados a emplear la fuerza para penetrar allí y encontrar el cadáver de Jane Butler.

Faltaba un pedazo de madera en la puerta, en su extremo derecho, a la altura aproximada donde debiera estar ubicado el cerrojo.

Con el dedo índice se frotó, inconscientemente, el entrecejo. Miró a su alrededor y vio el trozo de madera que faltaba. Alguien lo había colocado —sentido del orden— sobre una silla tapizada en terciopelo color sepia.

Sacó un pañuelo y tomó en su mano izquierda el trozo de madera. Lo observó con gran curiosidad. La madera había cedido por el encaje de la cerradura. Por detrás, podía verse el cerrojito, firmemente sujeto aún a la madera.

Era una cerradura antigua, con un ojo que mediría más de una pulgada de altura, como correspondía al grosor y solidez de la hoja.

Con aquel pedazo de madera en la mano, Kasan se aproximó a la ventana, cerca de la luz.

La pequeña muesca en el metal era casi imperceptible, pero evidente. La pintura había saltado allí, mostrando un fino pero profundo corte.

«Sólo una fina navaja o un estilete podrían dejar una marca así», pensó.

Y súbitamente comprendió, de forma clara y lúcida, que Jane Butler había sido apuñalada por su asesino a través del ojo de la

cerradura.

Era fácil. Bastaba introducir un largo estilete por aquella abertura reservada a la llave y...

Pero ¿cómo demonios aquel sujeto había conseguido hacer venir a su víctima hasta la puerta, a distancia suficiente como para clavarle su mortífero estilete?

Según el informe del detective Jackson, habían encontrado varios billetes firmemente apretados entre los dedos de Jane Butler. Y al descerrajar la puerta, otro billete había revoloteado hasta caer al suelo.

—A Jane Butler le gustaba demasiado el dinero —murmuró, excitado—. ¿Qué mejor cebo que el empleado por el asesino para obligarla a aproximarse a la puerta?

Volvió sobre sus pasos, satisfecho por haber averiguado aquella incógnita con tanta facilidad.

Sin embargo, todo estaba en el aire aún. Para triunfar en toda regla, Hugh Kasan necesitaba atrapar al hombre que había asesinado a seis mujeres la noche anterior.

Cruzó el salón y Tom Dreyssus le siguió, estornudando con violencia y mascullando sucias palabrotas entre dientes.

CAPÍTULO IV

Sufro una jaqueca horrible. Esta mañana, al despertar, todavía permanecía en mi mente el recuerdo de la pesadilla que me persigue constantemente en los últimos tiempos.

He realizado un último esfuerzo por olvidarlo todo. Para ello, nada mejor que constatar mi cómoda y agradable existencia actual: ¿no soy un hombre honrado, un profesional experto y glorificado por todos, un servidor de la justicia, un individuo rico, poderoso, célebre, elogiado por la Prensa, la radio y la televisión, alabado por mis colegas y temido por aquellos que tienen la osadía de enfrentarse a mí?

He tomado un copioso desayuno en la cama. Mi mayordomo, Milton, es un ser fascinante. Discreto, habilidoso, amable, servicial.

Milton es capaz de adivinar cualquiera de mis deseos con sólo observar mi expresión. Siempre atento, silencioso, dispuesto a servirme.

Mi residencia de Gall Street es confortable, amplia y acogedora. Un edificio de dos plantas de la época victoriana, pero cuidadosamente modernizado en su interior y remozado en su exterior.

Sin embargo, ¿por qué experimento este malestar, este desasosiego íntimo que me perturba?

El ligero catarro que me aqueja me ha servido hoy de disculpa para no salir de casa. Milton me anunció, al servirme el desayuno en la cama, que *sir* Evans había enviado un informe por medio de uno de sus hombres. No obstante, prefiero no leer ahora nada.

Me he trasladado a la biblioteca. En la chimenea arde un alegre fuego de troncos de roble. Hay calefacción central en todo el edificio, pero yo no cambiaría por nada del mundo el calorcillo

reconfortante de esta lumbre de troncos que alegra constantemente la biblioteca durante los grises días del otoño y el invierno.

A través del ancho ventanal contemplo la calle, invadida hoy, como siempre, por los viandantes y los automóviles, que se mueven rápidos bajo la copiosa lluvia.

Abstraído en esta contemplación, el tiempo, ha transcurrido leve, sin dejar huella.

A las doce, Milton ha traído una botella de jerez y una copa de delicado cristal tallado.

Me ha servido el vino y se ha marchado siempre silencioso, casi etéreo. Y yo he probado el vino. El oloroso y fino néctar ha reconfortado mi estómago y la sangre ha circulado veloz por mis venas.

Pienso que aún soy joven y fuerte, que aún poseo vigor suficiente para vivir muchos años.

Y esta agradable sensación me ha animado a pulsar el timbre y a pedir a Milton que me traiga el informe enviado por *sir* Evans.

Sobre la pulida superficie de la mesa están las blancas hojas, manchadas geométricamente por las líneas mecanografiadas.

He comenzado a leer. Y una terrible convulsión se ha apoderado de mi.

Estas palabras, estas frases, escarban en mi mente, roturan mi cerebro, traumatizan mi memoria.

Con la vista perdida en la gris panorámica de Gall Street, la pesadilla vuelve a apoderarse de mí.

Mis músculos faciales se atirantan y mis labios se pliegan en un rictus salvaje al recordar al doctor Selby, el hombre que me condenó a ser enterrado vivo.

Yo vivía entonces en Brighton, lo recuerdo muy bien. Por entonces acababa de morir mi padre, el coronel más condecorado de las fuerzas armadas de Su Graciosa Majestad británica.

Murió de una forma horrible: asado en el interior de un carro de combate alcanzado por una bomba de napalm. Nada quedó de él. A mi pobre madre apenas le fueron entregados por el mando militar algunos objetos ennegrecidos: una sortija de oro, una alianza casi fundida, un viejo reloj estropeado, que jamás volvería a funcionar.

Vivíamos modestamente con la pensión que el ejército británico pagaba a mi madre. A pesar de lo cual, ella se empeñó en que yo

debía, continuar asistiendo a la Universidad.

Yo tenía entonces veintidós años y comenzaba a sufrir tremendos ataques epilépticos.

Miraba a tas jóvenes de mi misma edad con ansiedad, pero jamás me atreví a acercarme a una de ellas, porque mi enfermedad alejaba de mí toda confianza.

Poco a poco, mi enfermedad se iba agravando. Una noche huí de casa y durante dos semanas nadie supo de mí.

Alguien me devolvió a casa después y me entregó a mi madre. Aseguraron que me habían encontrado en el cementerio de Saint Gregory, oculto en el interior de una cripta, cuya puerta había descerrajado previamente. Mi madre no dio el menor crédito a aquellas palabras y me consoló tiernamente.

Por entonces, mis nervios estaban tensos ya. Tan tensos como los cables que soportan el peso del puente colgante de West Gate.

Finalmente, ocurrió aquello: en la festividad de Halloween^[5] sufrí un ataque gravísimo.

Mi cuerpo quedó rígido, mis músculos se enfriaron, los latidos de mi corazón cesaron y mi pulso se extinguió, mientras una intensa palidez cubría mis facciones.

Mi madre, alarmada, corrió a avisar al médico.

Nuestro médico era el doctor Harold Selby, un caballero de unos cincuenta años, soltero, de baja estatura, rechoncho, de rubicundos mofletes, calvo, aficionado a las jovencitas de Moreby Lane y al *whisky* escocés.

Mi madre no le encontró, como era de esperar, en su domicilio. Y hubo de recorrer varias tabernas antes de encontrarle en el *pub* Tres Estrellas.

Prometió presentarse en nuestra casa enseguida, pero lo cierto es que llegó casi una hora más tarde. Y apenas podía mantenerse en pie, merced a la cantidad de licor ingerido.

No dudó mucho en certificar mi muerte. ¿El diagnóstico? Colapso cardíaco.

Durante toda la noche, mi madre me veló en silencio, sin cesar de gemir mansamente. Ahora quedaría absolutamente sola, desamparada y huérfana de afectos.

Yo no había sido lo que se dice un buen hijo. Mí desequilibrio mental había supuesto para mi madre una profunda pena y también

una causa de constantes angustias.

Sin embargo, siempre quise entrañablemente a mi madre. Y para ella, esto era suficiente.

Me enterraron una tarde fría y desapacible de primeros de noviembre.

Eramos pobres y mi madre no podía sufragar los gastos de un entierro, aunque fuese de segunda categoría.

Por todo ello, fui amortajado sucintamente y el único gesto que mi madre pudo permitirse fue guardar en mis bolsillos unos cuantos objetos de mi pertenencia que ella sabía tenía yo en gran estima.

Mi cuerpo fue introducido en el viejo féretro municipal en el cual se trasladaba al cementerio a los pobres de solemnidad. Por segunda vez, aunque en esta ocasión contra mi voluntad, emprendí el camino hacia el cementerio de Saint Gregory.

No había muchas personas en la comitiva que comprendía el acto fúnebre: apenas seis individuos componían el cortejo que seguía a la vieja furgoneta funeraria por la carretera del camposanto: mi madre, dos amigas y tres caballeros de la secta El Buen Samaritano.

El reverendo John Waskey llegó al camposanto algunos minutos después, conduciendo su utilitario «Morris».

La sepultura, húmeda, estaba preparada ya. Mi cuerpo fue extraído del ataúd municipal que aún habría de servir para muchos casos semejantes, y descendido hasta el fondo del hoyo apenas envuelto en mi miserable traje y una vieja sábana remendada.

El reverendo Waskey leyó algunos salmos con su voz engolada de individuo bien alimentado y eso fue todo.

Luego las paletadas de tierra pesada y húmeda fueron cayendo sobre mi cuerpo. Finalmente, las impías suelas de los zapatos de los sepultureros apisonaron el túmulo.

Mi madre debió regresar a Brighton ayudada por sus dos viejas amigas, los sepultureros caminaron aprisa hacia la taberna, los componentes de la secta El Buen Samaritano se alejaron reflexionando sobre lo miserable de nuestra existencia y el reverendo Waskey aceleró y se alejó en su «Morris», cómodamente instalado tras el volante.

El cielo, plomizo, se tomó aún más oscuro. Brilló el relámpago en el firmamento, retumbó el trueno y las nubes abrieron sus

panzas, dejando escapar el agua a raudales.

Allí, aprisionado por la fría tierra, quedó mi pobre cuerpo, en el que, a pesar del certificado de defunción del doctor Selby, latía aún una pizca de vida.

Porque yo no había muerto realmente. Mis funciones vitales habían quedado suspendidas por un tiempo, reducidas a su mínima expresión por el ataque de catalepsia^[6].

Fue hacia el anochecer del día siguiente a aquél en que fui enterrado, cuando mi cuerpo volvió a la vida.

Primero fue el hormigueo de la sangre recorriendo mis venas a ritmo casi normal. Luego fue la sensación de ahogo, la imposibilidad de realizar los normales movimientos.

Fulgurantemente, la comprensión se abrió en mi mente... ¡me habían enterrado vivo!

Al tener consciencia de la realidad, lloré desesperadamente, preso de la completa oscuridad, condenado a una segunda y horrible muerte.

Fue quizá la misma desesperación la que me impulsó a revolverme salvajemente.

Mis rabiosos movimientos me permitieron elevar las manos, que mordí enloquecido hasta sentir correr por ellas la sangre tibia, símbolo de vida.

El esfuerzo me dejó agotado y casi asfixiado.

Quedé inmóvil. Reflexioné.

Yo no podía morir allí. Debía emerger de entre los muertos, como fuese.

Una certidumbre me llenó de gozo: no me habían enterrado dentro de un ataúd, sino en el seno de la blanda y húmeda tierra. Tal vez todavía hubiera esperanza para mí.

Debía, ante todo, economizar el escaso oxígeno que aún restaba entre las diminutas partículas de mantillo húmedo.

Por desgracia, la sábana utilizada como sudario me impedía sacar una mano y excavar y retirar la tierra para abrirme un respiradero hacia la superficie.

¡Si al menos dispusiera de mi querido estilete cortaplumas...!

No sé qué extraño impulso me obligó a bajar lentamente la mano derecha a lo largo de mi cuerpo hasta introducirlo en el bolsillo de mi chaqueta.

Cuando mis lastimados dedos entraron en contacto con las cachas de mi estilete mi gozo fue inmenso... ¡mi pobre y excelente madre había decidido que el estilete me acompañase hasta la sepultura!

Saqué el arma y la abrí, para lo cual tuve que invertir gran cantidad de tiempo y una dosis increíble de paciencia. Luego pinché rabiosamente la sábana y la desgarré en una gran longitud.

Entonces pude moverme con cierta facilidad. Lentamente, escarbé la tierra hacia arriba, al tiempo que apelmazaba las paredes de aquel improvisado respiradero.

Me ahogaba ya cuando retiré la mano. La tierra entró en mi boca y las náuseas me asaltaron.

Pero a través del agujero penetró un chorro de aire vivificante. ¡Respiré, respiré con ansia, paladeando con fruición el limpio oxígeno que me devolvía la vida y significaba mi libertad...!

Descansé luego. Y al cabo volví al trabajo con redoblados bríos. Apoyado en mis dos manos, empujé mis hombros hacia arriba. Apenas me elevé unos centímetros, pero era suficiente.

Me agotaba y volvía a empezar. Y así hasta que mi cuerpo emergió de entre la tierra que cobijaba, a mi entorno, a miles de muertos.

Era noche cerrada y llovía mansamente. Miré a mi alrededor. A la leve claridad que provenía de Brighton, contemplé las mudas sepulturas que me rodeaban.

No sentí miedo. ¿No era yo un hombre que había superado a la misma Muerte?

Avancé como un profanador de tumbas a través del cementerio, escalé la tapia y escapé.

Algún reloj lejano dejó escuchar doce campanadas, cuyo tañido llegó a mí diluido por el rumor de la lluvia.

En mi corazón se había desatado un rencor profundo, avasallador.

Alguien me había condenado a morir en vida, un médico negligente me había abocado a una suerte alucinante.

Yo debía matar a aquel hombre.

Naturalmente, yo no sabía quién era el médico que había certificado mi muerte. Debía, pues, volver a casa y preguntarlo a mi madre.

Así, pues, escogí las callejuelas más silenciosas y vacías, penetré en el portal de mi casa con la actitud huidiza del ladrón y subí silencioso la escalera.

Golpeé quedamente la puerta de nuestra morada al cabo, se dejaron oír sus pasos lentos y arrastrados, tan familiares para mí.

—¿Quién... quién llama? —preguntó, con un soplo de voz.

—Soy yo, mamá. Tu hijo —respondí en un susurro.

Escuché un gemido al otro lado de la puerta. Transcurrieron unos segundos en silencio y luego comencé a aporrear la puerta con todas mis fuerzas.

Al fin, la puerta se abrió.

En el vano estaba mi pobre madre, apenas una figurilla menuda y encogida, enlutada de pies a cabeza.

Sus ojos se desorbitaron al contemplarme. De repente, dio media vuelta y corrió hacia el interior, sin cesar de gritar como una alucinada:

—¡No es posible, no es posible! ¡Brujería, brujería!

Entré tras ella y cerré la puerta.

Encontré a mi madre en la cocina, acurrucada en un rincón. Temblaba de pies a cabeza y su viejo rostro marfileño aparecía transido por la locura.

Me acerqué, me incliné sobre ella. Quise acariciarla, llevar la serenidad y la comprensión a su ánimo.

—No temas, madre. No te haré daño. ¡Tócame! No estoy muerto, sigo vivo. Fue un error. El médico...

Pero ella se encogió aún más sobre sí misma y evitó todo contacto, exhalando chillidos tan estridentes que la sangre se enfrió en mis venas.

No logré hacerme entender por ella; mi madre se había vuelto loca al contemplar el «espectro» de su hijo.

Me aparté de ella, temeroso de que sus chillidos atrajesen la curiosidad de las vecinas.

Porque yo había llegado a una decisión trascendental. Un médico había certificado mi muerte, ¿no era cierto? Pues bien, vara todos, yo seguiría muerto.

Una idea martilleaba obsesivamente mi cerebro: debía asesinar al médico que me había enviado a la fosa.

¿Cómo conocer su identidad sin que alguna persona conocida

podiera verme vivo?

Muy excitado, registré la alcoba de mi madre, dedicando especial atención a la mesilla de noche, donde mi madre solía guardar sus documentos.

Casi aullé de entusiasmo cuando mis ojos tropezaron con aquel papel. ¡Era el certificado de defunción! Mi madre no lo había presentado aún ante las autoridades del registro civil.

Lo leí con ansia. Pero lo que me interesaba sobre todas las cosas era el nombre y la dirección del membrete:

Doctor HAROLD SELBY, M. D.
Station Road, 57
BRIGHTON

Conocía a Selby. Un tipo repugnante, un vicioso. Nada me causaría más placer que apretar su grasiento cuello hasta matarle.

Busqué mi vieja gorra de excursionista, me la calé hasta las cejas y salí a la calle.

A la una llegué a Station Road. El número cincuenta y siete correspondía a un viejo y solitario hotelito, rodeado por un jardincillo descuidado en el que se alzaban algunos tilos.

No brotaba luz de ninguna de sus ventanas. El doctor Selby no debía haber llegado aún. Tanto mejor, pues le esperaré.

Salté la verja del jardín, me acerqué a los muros y busqué la ventana más retirada.

Fue fácil romper un cristal y penetrar a través de la ventana.

Poco después comprobaba que la casa estaba vacía. El interior aparecía tan descuidado y desordenado cómo es posible imaginar en la vivienda de un hombre soltero poco escrupuloso.

A las dos de la madrugada, el doctor Selby no había llegado aún. Para distraer la espera, me dispuse a registrarlo todo.

En uno de los cajones del despacho del doctor Selby encontré un estuche de cuero labrado. Dentro de él había algo más de mil libras esterlinas.

Ya me disponía a cerrar aquel estuche sin tocar el dinero, cuando pensé que mi madre necesitaría una buena cantidad para poder vivir de allí en adelante.

Robé las mil libras. Nunca había robado, pero ahora me interesaba que la policía imaginara que el asesino del doctor Selby era un ladrón.

Eran casi las tres cuando oí el ronroneo del escape de un automóvil. Corrí a la ventana más próxima y miré a través de los visillos: ¡era él, mi víctima!

Le esperé en el vestíbulo, tras la bella cristalera que separaba la entrada del salón principal.

Fuera, Selby pugnaba por introducir la llave en la cerradura de la puerta. Estaba borracho y se aproximaba a mí confiado, sin sospechar que unos minutos después estaría caminando hacia la eternidad.

Oí el chirrido de la puerta al abrirse y vi la franja luminosa que arrojaba un poste luminoso desde la calle.

Selby avanzó pesadamente y se detuvo para lanzar un sonoro eructo alcohólico.

En cuanto traspasó la puerta cristalera, caí sobre él como una pantera sedienta de sangre.

Le derribé sobre el piso de madera y su cabeza golpeó sonoramente contra el pavimento.

Fue fácil, asquerosamente fácil. Mis manos abarcaron su blando cuello y mis largos y duros dedos apretaron hasta que pude percibir su último estertor agónico.

Luego busqué en sus bolsillos y encontré el llavero. Salí afuera, comprobé que la calle estaba desierta y cerré la puerta.

Subí al automóvil y abandoné Brighton. Desaparecido el automóvil, los conocidos del doctor Selby pensarían que el médico había tenido que realizar algún viaje imprevisto, lo cual pospondría por algunos días el hallazgo de su cadáver.

Al día siguiente, abandoné el automóvil en el centro de Londres. Ese mismo día, realicé una transferencia bancaria a nombre de mi madre por ochocientas libras esterlinas. Naturalmente, no utilicé mi nombre, sino que cité el de una sociedad benéfica.

¿Qué sería de mí a partir de allí?

No quería convertirme en un delincuente. Había matado, sí. Pero ello no significaba para mí otra cosa que el cumplimiento de un deber ineludible.

Pensé que debía proveerme de un documento de identidad,

buscarme un nombre nuevo, hacerme una nueva, personalidad y emprender un camino digno y honrado.

Pero las circunstancias habían dispuesto que ello no fuera posible..., por el momento.

CAPÍTULO V

Lo que Hugh Kasan había supuesto, se cumplió paso a paso. Es decir, los medios de información se volcaron sobre el caso Butler de tal forma que los detalles más mínimos del repugnante crimen absorbieron por completo las primeras páginas de los diarios y los boletines de noticias de la radio y la televisión.

El Gobierno presionó intensamente al Departamento del Interior, y, por consiguiente, a Scotland Yard, para que el caso Butler fuese resuelto inmediatamente y capturado el asesino de seis mujeres dedicadas al negocio más antiguo del mundo.

En la madrugada del sábado, un auto patrulla rodaba a lo largo de una callejuela próxima a Old Market, llamada Canary Lane.

El conductor del coche policial frenó bruscamente al distinguir el bello par de piernas femeninas que asomaba por la portezuela entreabierta de un «Rover» blanco.

En principio, los dos policías imaginaron que la mujer había bebido y se encontraba desvanecida.

Sin embargo, cuando abrieron la portezuela y el haz luminoso de una linterna iluminó el cuerpo, pudieron advertir que la falda plisada estaba desgarrada y cubierta de sangre.

Llevada rápidamente a un puesto de socorro, el médico de guardia comprobó que había muerto como consecuencia del salvaje tajo que comenzaba en la pelvis y terminaba en el esternón.

La mujer fue rápidamente identificada por la misma policía. Se trataba de Margie Bond, apodada Wheels^[7], quizá por darse la curiosa circunstancia de que utilizaba su «Rover» para cazar clientes. Naturalmente, Wheels Margie era también una buscona.

El asesinato de Wheels Margie provocó una lógica psicosis de pánico entre las numerosas ramera de Londres. Para ellas, el

asunto estaba claro: un loco y peligroso asesino andaba suelto por las calles de la ciudad a la caza de mujeres de su clase.

El desconocido criminal había matado, al menos, siete veces. Y posiblemente, continuaría asesinando a menos que la policía le identificase y detuviese.

Los hombres de Scotland Yard trabajaban sin descanso, deteniendo a docenas de sospechosos, interrogando, indagando, consultando los ficheros...

Los sospechosos eran descartados sistemáticamente a medida que su inocencia era fácilmente demostrada. Y había que volver a la calle, a vigilar, a prevenir un nuevo asesinato.

Se había redoblado la vigilancia policial, sobre todo en la zona antigua de Old Market. Había policías en el mercado, en las callejuelas aledañas, en la animada y alegre Saint Dimas Street...

El domingo había sido un día especialmente negro para el inspector Hugh Kasan.

Se había hecho cargo, de madrugada, de las diligencias policiales de rigor en el asesinato de Margie Wheels. Y desde aquel momento hasta el mediodía del domingo, había redactado informes, practicado detenciones, recogido informes del forense, interrogado a dieciséis sospechosos y a unos cuantos remotos familiares de la víctima e incluso escuchado, en tensión, la oratoria ni muy suave ni muy amable de su superior inmediato, el capitán Alloysius Rawlings.

Elsa McKinney le había visitado en New Scotland Yard poco después del mediodía. Había sido una entrevista tensa y conflictiva.

—Espero que nos veamos esta tarde —había insinuado Elsa, con un mohín de ansiedad.

—Ni lo sueñes —respondió rápidamente Kasan, encendiendo el vigésimo «Players» de aquel día—. No dispongo de cinco minutos libres. Si me vieran ahora mismo charlando contigo, alguien sería capaz de proponer mi excedencia *sine die*.

Elsa se volvió bruscamente de espaldas. Y al hacerlo, sus rubios cabellos se desparramaron en abanico, brillantes a la luz del tubo fluorescente que colgaba del techo.

—¿Qué debo hacer entonces? —respondió ella, rabiosa—. ¿Aburrirme con un programa doble en cualquier cine de barriada?

Kasan la tomó vehementemente por un hombro, la obligó a girar

con cierta violencia y la besó fugazmente en los labios.

—Lo siento —murmuró, llevándose el cigarrillo a los labios—. Pero tú sabías que yo era un policía de Scotland Yard cuando nos conocimos. Y ser policía obliga mucho más de lo que cualquier persona comente puede entender.

Elsa se separó unos pasos, rebelde.

—¿Quieres decir con eso que yo soy una persona... corriente? —preguntó, airada.

Hugh Kasan llevaba viviendo muchas horas en perpetua tensión. Y quizá ello disculpase su violenta reacción.

—Tómalo como quieras —gruñó, nervioso—. En cuanto a mí, tengo bastante con mi trabajo. De modo que...

—... Puedo marcharme tranquilamente y buscar un ambiente y una compañía más agradable —terminó ella, con una hiriente sonrisa—. Y eso es lo que haré.

Antes de que Kasan pudiera reaccionar, Elsa ! caminaba ya a largos y rápidos pasos hacia la puerta.

Hugh alzó una mano y en sus labios comenzaron a iniciarse unas palabras, una llamada desesperada. Pero su orgullo le impidió concretar aquellas frases.

Inmóvil, en mitad del pasillo, la vio cruzar ágilmente la calzada. Al introducirse en su estilizado «Aston Martin» deportivo, Elsa exhibió un par de piernas perfectas, admirables, capaz de atraer la atención visual del individuo más indiferente a la belleza femenina.

Luego se oyó el bronco escape del automóvil y Kasan perdió de vista a la mujer que amaba.

—Lástima —gruñó—. Es la primera vez que peleamos.

Jack Rossiter le sacó de su ensimismamiento bruscamente.

—Eh, Hugh. El capitán Rawlings te espera.

Rawlings...

Hugh Kasan no sentía una excesiva simpatía por el capitán. Rawlings era un burócrata, un hombre frío y maquinal, que esperaba resultados perfectos y prácticos de los hombres, exactamente como si fueran máquinas.

Penetró en el confortable despacho de Rawlings. Un cigarro habano humeaba sobre un cenicero de plata. De vez en cuando, Rawlings tomaba el aromático cigarro con su mano izquierda ensortijada y chupaba golosamente la punta del habano, arrojando

una densa bocanada de humo hacia la doble ventana cubierta de húmedo vaho.

—Y bien, inspector Kasan...

—Señor...

Las espesas cejas del capitán Rawlings se enarcaron, interrogantes.

—Todos están pendientes de nosotros, inspector. Los diarios The Times y The Guardian trinan contra Scotland Yard. Un peligroso asesino anda suelto y... ¿qué hemos avanzado? ¿Tenemos acaso la foto del asesino para mostrársela a esos ansiosos periodistas, disponemos de cargos que arrojar sobre el hombre que cometió esos asesinatos?

Kasan se encogió de hombros. De buena gana _ hubiera soltado a hablar, a explicarle al capitán Rawlings muchas cosas acerca de la ingrata responsabilidad que constantemente cae sobre las espaldas de un policía profesional. Pero...

Desechó las apasionadas frases que pugnaban por brotar de sus labios. ¿Para qué? Probablemente, Rawlings, un tecnócrata, no le hubiera entendido.

El capitán tenía los cabellos rizados, un rostro alargado y caballuno, una fina nariz semítica, unas mejillas pálidas y unos ojillos pequeños, desconfiados y vivaces.

Rawlings no había empezado su carrera como policía. Había sido un universitario de avanzada, un experto en leyes y, finalmente, se había doctorado en Criminología por la Universidad de Oxford.

Alguien había dicho que Scotland Yard necesitaba expertos criminólogos y aquella idea había abierto las puertas del Yard a Alloysius Rawlings, que jamás había realizado una patrulla por las desoladas y frías calles del Londres nocturno, ni, en fin, había aprendido la técnica policial de forma práctica.

Kasan hubiera deseado explicar a su superior muchas cosas acerca de largas noches de vigilancia, de interrogatorio de delincuentes o de sospechosos, de peligrosas incursiones en barrios bajos, de las amenazas ominosas de los criminales a los que había conducido al tribunal y después a la prisión...

—Bien. —Rawlings estaba observándole fijamente, como si poseyera la virtud de adivinar sus pensamientos—. ¿Qué me dice,

inspector?

Justificar sus largas horas de exhaustivo trabajo no tendría el menor valor ante los ojos de Rawlings. Éste quería resultados, resultados, ¡resultados!

—He estado pensando mucho en este caso, señor. Tengo una idea. Debo advertirle que la idea no es mía: está basada en ciertos métodos de la policía federal norteamericana para casos especiales —pronunció lenta y cuidadosamente.

Hubo una pizca de interés en Rawlings, traducida en el brillo instantáneo de sus ojos.

—Explíquese —era una orden, no un ruego.

—Se trata del método llamado «Lube»^[8]. El FBI lo utiliza cuando el índice de criminalidad sube hasta cotas alarmantes, pero puede resultar en nuestro caso también.

—No comprendo...

—Es fácil. Se provoca al criminal para que cometa el delito. Según nuestras leyes, el sistema no es muy ortodoxo. Pero podría tener éxito, dada la gravedad del caso que tratamos de resolver —explicó el inspector Kasan.

Rawlings lanzó una nueva bocanada de humo al aire. Las sortijas de su mano izquierda lanzaron un destello.

—Eso parece interesante. Pero aún no logro entender...

—Lo comprenderá enseguida, señor. El hombre al que buscamos ha mostrado interés por asesinar a un tipo determinado de personas: prostitutas. Bien, algunas de nuestras policías pueden maquillarse y disfrazarse como ese tipo de mujeres, situarse en lugares clave y esperar el asalto de ese criminal. Naturalmente, nuestras policías-cebo estarían constantemente vigiladas, aunque el asesino no pudiera ver nada anormal. Pequeños transmisores de radio portátiles pueden ser fácilmente camuflables en una indumentaria femenina. En el momento en que una de nuestras mujeres-cebo fuera asaltada, comunicaría el hecho a los detectives apostados en lugar próximo. Y el asesino estaría en nuestras manos.

—Parece muy fácil... explicado así —aprobó Rawlings, con un movimiento de cabeza—. Pero es indudable que nuestras mujeres-policías correrían un grave riesgo. No sé si el superintendente Carmody estaría dispuesto a respaldar un plan de tal envergadura.

—En cuanto al riesgo, puede decirse que sería mínimo, señor,

puesto que nuestras mujeres-policías están perfectamente adiestradas e incluso armadas. Cada una de ellas estaría vigilada, a su vez, por dos policías, establecidos en lugares a propósito, que acudirían en su auxilio a la menor señal de alarma. Creo que el sistema no ofrece excesivos riesgos.

Rawlings volvió a aprobar con enérgicos movimientos de cabeza.

—Por mi parte, estoy dispuesto a intentarlo. Naturalmente, hemos de contar con la autorización del superintendente. Pero voy a poner toda mi fuerza y mi influencia en conseguirlo. En cualquier caso, sólo me importan los resultados... ¡Resultados, inspector Kasan! —terminó, con voz rotunda.

* * *

Joan Harrison se encontraba en la esquina de Birmingham Street con Down River Lane.

Debería tener unos veintiocho años, era rubia, alta y dotada de armónicas curvas allí donde éstas eran justamente necesarias.

La larga melena platinada se desbordaba sobre sus hombros, destellante bajo la luz lechosa de una lámpara de vapor de mercurio situada al otro lado del callejón.

Vestía un traje de napa, muy corto. Sus piernas, blancas y largas, destacaban como una mancha blanca sobre el oscuro muro de ladrillos. Su escote, más que generoso, mostraba el inicio del seno.

Tenía un cigarrillo entre los dedos que se llevaba de cuando en cuando a los labios excesivamente pintados en un tono violeta perlado.

Joan, en la esquina, brillaba como una luciérnaga nocturna, expuesta a la codicia de cualquier ave nocturna depredadora.

Su silueta reflejaba la exacta imagen de una mujer de vida alegre, entre confiada e indiferente, que espera la proposición del primer cliente que pasara.

Pero Joan Harrison no era una prostituta, sino la sargento Harrison, del cuerpo auxiliar femenino de la policía de la ciudad de Londres.

Además de Joan, otras cinco mujeres policías disfrazadas como trotacalles habían sido distribuidas en puntos estratégicos cercanos

todos ellos a Old Market.

Eran las doce y media de la noche. No llovía ya. Por el contrario, la niebla, el espeso fog londinense, invadía las calles, condensándose a ras del suelo y en los rincones hasta limitar la visión a unos pocos metros de distancia.

Por fortuna, Joan Harrison se había situado frente a un punto de luz y ello permitía al inspector Kasan y al detective Jack Rossiter vigilar a la atractiva mujer sin perderla de vista un solo instante.

Kasan y Rossiter disponían de un perfecto observatorio, aunque el lugar no fuera demasiado agradable para ellos: se trataba del almacén de material de la empresa funeraria

Robbins & Sons,

cedido discretamente a la policía mediante autorización escrita de sus propietarios.

Los dos hombres llevaban dos horas de vigilancia junto a la sucia cristalera.

No podían fumar, ni hablar, ni producir el menor ruido, porque ello podría prevenir a cualquier posible merodeador que circulase por la desierta Down River Lane.

Impaciente, Hugh Kasan contemplaba con profunda envidia las bocanadas de aromático humo que Joan Harrison lanzaba a lo alto, allí donde la luz se atenuaba y la niebla, insondable, iba espesándose por momentos.

Detrás de ellos, estaban las viejas naves, junto a cuyos muros se adosaban las pilas de elegantes féretros dispuestos a recibir en sus acolchados senos a los seres que les tocase penetrar en la serena y enigmática placidez del otro mundo.

¿Miedo? No era propiamente miedo lo que los dos policías sentían, aunque estuviesen dispuestos a jurar que no resultaba agradable permanecer en un almacén atestado de motivos funerarios.

No era miedo. Era tensión, impaciencia, ansias de charlar, de fumar, de tomar un trago y de estirar las piernas.

Pasaba el tiempo, lento, denso, y nada sucedía.

A través del micrófono, diminuto, que la sargento Harrison llevaba perfectamente camuflado bajo un ridículo camafeo prendido en su ceñido traje de napa, Hugh podía escuchar perfectamente sonidos tan naturales como la respiración de Joan, el rumor que

producían sus labios al expeler el humo del cigarrillo o el acompasado sonido de sus altos tacones cuando paseaba lentamente de un extremo a otro de la calle.

Rossiter murmuró una maldición.

—Calma —recomendó Kasan—. Si no ocurre nada, a las cuatro de la madrugada levantaremos el campo y podremos irnos a dormir.

¡La cama...! La tibieza de las sábanas, su agradable contacto, la suave consistencia del mullido colchón, las mantas peludas y acogedoras...

—Demasiado hermoso para ser verdad —respondió Jack, en un murmullo apenas audible.

Pero era evidente que se sentía malhumorado, al límite de su paciencia.

De repente, los acontecimientos se precipitaron.

Del aparato de radio transmisor-receptor que el inspector Kasan llevaba colgado al cuello, brotó la voz de Joan Harrison, en un susurro quedo.

—Atención, inspector, atención. Oigo el rumor de unas pisadas. Alguien se acerca por Birmingham Street. Estén atentos, no me pierdan de vista. Por mi parte, estaré prevenida.

Kasan y Rossiter se alertaron.

Sus ojos trataron de taladrar la niebla azulada hacia Birmingham Street, que se unía a Down River Lane en dirección oblicua.

No veían nada. Sólo la niebla lamiendo el suelo, elevándose a intervalos junto a los muros o descendiendo lentamente de nuevo hasta el brillante pavimento de adoquines.

Y sin embargo, la voz de Joan traducía una profunda inquietud.

—No puedo verle. Los pasos han cesado, pero he podido oírlos muy próximos... Creo... creo que se ha detenido al otro lado de la calle, donde Birmingham Lane describe un ángulo. Tal vez se oculta en el hueco de un portal.

—Calma, Joan. No pierda la serenidad. Estamos perfectamente prevenidos. Compórtese con naturalidad... Tararee algo en voz baja, fume, pasee, pero... procure no dar la espalda al lugar donde supone se oculta ese individuo. Esperemos.

¡Esperar, esperar! Aguardar con los músculos en tensión y los nervios a punto para el grito o el alarido, acallar cualquier reacción que pueda echar a rodar el éxito... Todo aquello parecía superior a

las fuerzas de un ser humano, capaz de experimentar ansiedad, frío, miedo, pánico...

Kasan no podía evitar una sincera y ferviente admiración hacia aquellas jóvenes policías femeninas que se habían prestado a ejercer de cebo, cuando la presa a cazar era... un asesino de mujeres.

Sin dejar de escrutar las tinieblas que envolvían Birmingham Street, Kasan recordó a Elsa.

Y lamentó profundamente haber sido desabrido con ella. Elsa... Su boca jugosa y tibia, sus manos leves y finas, su cuerpo de mujer joven, turbador, su...

Se aprestó. Joan volvía a enviar su mensaje.

—Atención... Los pasos... ¡Vuelvo a oírlos! Una sombra se ha despegado del muro... ¡Alguien viene hacia mí!

Kasan entreabrió lentamente la puerta con la mano derecha y sacó el revólver de su funda pistolera con la derecha.

Tenía que reprimirse para realizar aquellos movimientos con lentitud, porque sus nervios le impulsaban a correr en ayuda de Joan, a gritar, a disparar su revólver contra la más leve sombra que se concretara entre las tinieblas.

—Dispuestos —susurró a Jack.

Y notó el contacto de su camarada, la dura consistencia de sus músculos tensos y su respiración contenida.

Fue muy rápido todo.

La silueta de un hombre alto y delgado surgió de la esquina de Birmingham.

El hombre se abalanzó sobre Joan Harrison y la apresó por los hombros. La mujer, perdidos los nervios, se había llevado el silbato a los labios y soplabla con todas sus fuerzas.

Kasan se echó a la calle y disparó al aire, gritando:

—¡Alto, alto! ¡Arrójese al suelo con las manos sobre la nuca o dispararemos a matar!

Para entonces, el sargento Harrison había volteado limpia y espectacularmente a su agresor, que rodó por el suelo, se puso en pie con impresionante agilidad y huyó veloz hacia Antiquarian Street.

Kasan corrió en su persecución, mientras Rossiter se ocupaba de proteger a Joan Harrison.

Ante él, la sombra del agresor se difuminaba rápidamente entre

la densa niebla. Y luego, de repente, Kasan se vio galopando en pos... de nadie.

¡El hombre había desaparecido!

Volvió sobre sus pasos, prevenido. No podía admitir que aquel individuo fuese tan veloz como para perderse de vista ante él. Posiblemente debía estar agazapado en cualquier portal.

Vuelta atrás, Kasan se detuvo ante la destrozada puerta de la valla del solar que limitaba el solar próximo. ¡Había pasado ante aquella abertura sin verla!

Penetró en aquel lugar como una tromba. Saltaba con ímpetu, adivinando más que viendo los montones de desechos de construcción que entorpecían su camino.

Finalmente, debió tropezar con algún trozo de ferralla o un alambre y cayó rodando al suelo.

Kasan se incorporó, dolorido y humillado, mascullando entre dientes una maldición mal contenida.

Fue inútil registrar el solar, saltar la valla del fondo y seguir corriendo a través de las callejuelas: el hombretón que asaltara a Joan Harrison había desaparecido.

Volvió sobre sus pasos. Aquí y allá sonaban los silbatos de la policía, que seguramente acordonaba ya la zona.

«Ojalá lo hayan cazado», pensó, lleno de esperanza.

Se encontró con Jack Rossiter, que venía ya a buscarle.

—¿Qué? —preguntó el detective, con ansiedad.

—Se me escapó lindamente —gruñó Kasan, que se sentía burlado—. ¿Joan?

—Está bien. Es una mujer fuerte y valerosa. Ya viste cómo se deshizo de ese tipo... ¿Quieres verla? Está aquí, muy cerca, en un coche radio patrulla.

El coche estaba estacionado en el cruce de Down River Lane con Birmingham y obstaculizaba perfectamente el paso.

Joan Harrison aparecía tranquila y serena, pasado ya el susto.

—¿Pudiste verle bien, Joan? —preguntó Kasan.

—Bueno, todo fue tan rábido... Sin embargo, recuerdo que vestía casi elegantemente, era alto y delgado, pero muy fuerte, tenía los cabellos rizados, rubio oscuros y las facciones demacradas y afiladas —respondió la mujer policía.

—Puede ser nuestro hombre —reflexionó Kasan. Y añadió—: Por

desgracia, ha escapado.

Parecía inútil seguir adelante con la operación a aquellas altas horas de la madrugada, puesto que el criminal estaba alertado ya.

Tras una leve vacilación, el inspector Kasan ordenó por radio a los restantes puestos de la operación Cebo que se retirasen, y acompañado por Rossiter, emprendió el regreso a New Scotland Yard.

«Tendré que enfrentarme a Rawlings, escuchar sus reproches, aguantar sus sutiles pullas», pensaba Hugh, mientras rodaban a regular velocidad por las desiertas calles de la ciudad.

Sin embargo, los acontecimientos iban a tomar un rumbo muy distinto. Nada más llegar a New Scotland Yard, el sargento de guardia le comunicó el mensaje:

—Acaban de llamar desde Old Market, señor. El individuo que asaltó a la sargento Harrison acaba de ser detenido. Dentro de media hora lo traerán aquí.

Kasan se frotó las heladas manos, satisfecho. Al menos, el capitán Rawlings tendría que tragarse sus acostumbrados sarcasmos.

CAPÍTULO VI

El detenido debía estar desesperado, puesto que había conseguido abrir la portezuela del coche que le trasladaba al Yard y se había arrojado fuera del vehículo en marcha.

Por desgracia para él, los policías le habían esposado y su temeraria acción no había valido para otra cosa que para lesionarse seriamente el hombro derecho.

Ahora el hombre estaba allí, con su excelente traje oscuro manchado de barro, la cabeza hundida entre los hombros, hermético y sombrío.

—¿Dónde le detuvieron? —preguntó Kasan a uno de los policías de uniforme.

—Se había introducido en la casa de Jane Butler. Cuando ustedes abandonaron la zona, inspector, yo, recorría Down River Lane para hacer mi ronda. Dirigí el chorro luminoso de mi linterna hacia la puerta de la casa mencionada y comprobé que el precinto judicial había sido violado. Empujé la puerta y cedió: alguien la había descerrajado.

—¿Qué hacía este hombre allí?

—Antes de entrar, corrí hasta Old Market y pedí ayuda a los compañeros de un auto patrulla, de servicio allí. Volvimos sigilosamente y sorprendimos en la casa a este individuo. Peleó salvajemente y tuvimos que golpearle para conseguir reducirle. Cuando veníamos hacia aquí...

—Lo sé, lo sé —le atajó Kasan, impaciente—. Se arrojó del automóvil en marcha. En cuanto a usted, puede volver a su servicio. El auto patrulla le devolverá a Old Market. Excelente servicio, agente.

—Gracias, señor.

Kasan volvió a observar al individuo que yacía sobre una silla.

Aquel hombre había sido identificado rápidamente. Se llamaba Brian Ruthes y poseía una ficha muy amplia en los ficheros del Yard.

Ruthes había sido encarcelado en varias ocasiones por pequeños delitos como escándalo, embriaguez y abusos deshonestos. También había cumplido una condena de diez años por estupro.

Su catadura moral le señalaba como sospechoso del asesinato de Jane Butler y sus cinco pupilas.

Kasan no tardó en acusarle, tras un breve interrogatorio preliminar, pero Ruthes negó tenazmente.

—Vamos, Ruthes, de nada le valdrá negar —dijo el inspector—. Sabemos que asaltó hace apenas una hora a una mujer en el cruce de Birmingham Street con Down River, y poco después violó los precintos para volver al escenario donde cometió un séxtuplo asesinato... Créame, Ruthes, un tribunal le condenará a cadena perpetua. Sus antecedentes le pierden.

Ruthes negó, una vez más. Confesó que había asaltado a Joan Harrison, confundiéndola con una ramera y dispuesto a robar su bolso.

En cuanto al hecho de haberse introducido en la casa de la difunta Jane Butler...

—Sabía que la casa estaba solitaria y pensé que podía ocultarme en ella y de paso apoderarme de algunos objetos valiosos. La señora Butler tenía fama de persona adinerada y...

Kasan le sometió a interrogatorio hasta el amanecer, sin obtener otro resultado que la narración, machacona y monótona, del detenido sobre el asalto a la sargento Harrison y su posterior incursión en el domicilio de la fallecida Jane Butler.

Al día siguiente, el capitán Rawlings y el propio Kasan cambiaron impresiones con el fiscal, *sir* James Chlanders. Aquel mismo día, Brian Ruthes fue acusado formalmente del asesinato colectivo de siete mujeres, procesado y enviado a prisión.

En la tarde del lunes, Hugh Kasan decidió que era necesario hacer las paces con Elsa McKinney. Para asegurarse de que ella se encontraba en su domicilio de Regent, la llamó por teléfono.

Una doncella le informó de la ausencia de *miss* McKinney.

—Volvió de su trabajo a las cinco, inspector. Pero volvió a salir

inmediatamente. Me asustó: estaba muy pálida y parecía profundamente inquieta y alterada...

Kasan abandonó el Yard. Y en la misma acera tropezó con Elsa. La muchacha jadeaba, y, en verdad, presentaba tan lamentable aspecto como el descrito por su doncella: pálida, ojerosa y deprimida.

En un impulso irreprimible, Elsa se echó en sus brazos y un gemido se escapó de sus labios.

Kasan no dijo nada en los primeros momentos. Se limitó a devolver abrazo por abrazo, beso por beso. Elsa gemía débilmente aún cuando el policía la tomó por la cintura y la alejó del Yard.

—Vamos. Necesitas tomar algo caliente, una copa quizá. Serénate, pequeña; hablaremos, todo se arreglará.

Sentía las vibraciones que recorrían el cuerpo tibio de la mujer y escuchaba, profundamente impresionado, los leves hipidos sincopados en que degeneraba su llanto.

Descendieron los peldaños que llevaban a un *pub* cercano, caliente y lleno de humo, pero muy acogedor. Y eligieron una mesa apartada, en un rincón discreto, casi íntimo.

Un camarero negro se acercó a ellos y Kasan ordenó té caliente y dos *brandies*.

Al cabo, tras los primeros sorbos de la fragante y caliente infusión, Hugh miró a la mujer con ternura y dijo en un susurro:

—Eso va mejor, pequeña. Y ahora dime de qué se trata.

Elsa dio una rápida chupada al cigarrillo que el inspector Kasan acababa de tenderle y buscó algo en su bolso de cuero rojo.

—Léelo —dijo. Y dejó un papel doblado ante él—. Lo recibí esta misma tarde.

Marcado con la impronta de su profesión, Hugh tomó el papel por un pico y lo desdobló, con cautela.

Era una cuartilla de papel, sobre la que alguien había pegado recortes de periódico, de forma que compusieran un mensaje inteligible.

«Venga a verme esta tarde a las seis a un lugar llamado The Red Frog^[9] y traiga mil libras esterlinas. Le revelaré algo que le sorprenderá».

Kasan dejó la nota sobre la mesa, boca abajo. Arrojó una nube de aromático humo al techo y murmuró, observando a Elsa:

—Supongo que has acudido a esa cita. Conozco el lugar: se trata de un mísero café del Southwark, donde se reúnen marineros, soldados, maleantes y prostitutas. Te has expuesto demasiado, Elsa. ¿Por qué fuiste?

—La curiosidad me obligó a ello, Hugh.

—Bien. ¿Qué ocurrió?

—Un hombrecillo se presentó ante mí nada más entrar. Me invitó a una mesa apartada y me pidió mil libras.

—¡Mil libras! ¿A cambio de qué?

—A cambio de silenciar cierta revelación. Ni un momento he dudado en confiar en ti, Hugh. He aquí la verdad; mis padres no son los McKinney. Ese hombre me lo demostró de forma irrefutable mostrándome un certificado del registro civil, es decir, una partida de nacimiento. En ella consta que soy hija de una tal Jane Butler y de un desconocido.

Elsa alzó los ojos, ansiosa.

Era evidente que en aquellos momentos la reacción de Kasan era decisiva para ella.

—Es absurdo —exclamó él, sin perder los nervios.

—Es verdad —afirmó ella—. Jane Butler me cedió a los McKinney cuando yo apenas tenía cuatro años.

Mis padres adoptivos permitieron que mi madre pudiera verme hasta poco después. Luego...

Calló. No lloraba ya, pero sus bellísimos ojos claros tenían un brillo sospechoso: estaba aguantándose las lágrimas.

—Bien —dijo el policía tras una breve vacilación—. ¿Qué puede importarte ello? Tus padres te adoran, te quieren como a una hija...

—¡Lo sé, lo sé! —gimió ella, tras aplastar el cigarrillo en el cenicero con gesto nervioso—. Yo también los quiero, pero ésa no es la cuestión principal. El hombre que me citó en The Red Frog me desveló la personalidad de mi verdadera madre: Jane Butler, una meretriz, la dueña de un prostíbulo de los bajos fondos... asesinada hace unos días por un maniático...

Hugh la miró tiernamente. Y apretó la fina mano de la joven como tratando de infundirle confianza.

—En el peor de los casos, tú no eres responsable de los actos o de la mala fama de tu madre. Ella ha muerto... Ningún daño puedes recibir ya por su causa —habló fogosamente.

—Te equivocas —respondió ella con rapidez—. Ese hombre, el chantajista, está dispuesto a vender su secreto a cualquier reportero de noticias sensacionalistas. ¿No lo comprendes, Hugh? No se trata ya de mi propio dolor, tras descubrir que mi madre era una... mujer de vida alegre, que ha muerto de una forma horrible. Se trata de quienes han sido para mí unos verdaderos padres: los McKinney, Howard y Elizabeth, a los que amo con todas mis fuerzas.

—Cálmate, por favor —pidió Hugh, notando que ella se enardecía por momentos—. Encontraremos al chantajista, le detendremos, le obligaremos a...

Pero Elsa se cubrió el rostro con las manos y lloró, desconsolada.

Incapaz de reprimir sus sentimientos, Kasan se irguió, pasó un brazo por su cintura y besó su frente con ternura.

—Vamos, vamos, pequeña. Esperemos solucionarlo todo rápidamente. ¿Qué es lo que temes, en realidad?

Poco a poco, Elsa fue calmándose, confortada por las caricias de Kasan.

—Lo comprenderás enseguida —susurró—. Mi padre; Howard McKinney, no es sólo un hombre rico y prestigioso. Es un político destacado y la culminación de toda su vida consiste en la política. Si ese hombre, el chantajista, divulga la noticia, la carrera política de mi padre se vería destrozada. Imagínate: la hija única de Howard McKinney, es, en realidad, hija de una prostituí: fallecida de forma horripilante. Créeme, Hugh, papá no podría resistirlo.

Kasan hinchó sus pulmones de aire. Fumó un nuevo cigarrillo, mientras estrechaba a Elsa entre sus brazos y se reprimaba in mente por no haber accedido a casarse con ella, como *miss* McKinney le había propuesto meses atrás.

¿Por qué no se había decidido?

Sencillamente, Hugh Kasan no quería depender del dinero y la protección de Howard McKinney.

Se casaría con Elsa, nada ni nadie podría impedirlo, pero sólo cuando hubiera ahorrado el dinero suficiente para adquirir una vivienda confortable y acogedora.

Era muy duro para el inspector Kasan. Cuando tenía a Elsa entre sus brazos, cuando sentía su piel vibrante y viva, cuando besaba sus labios y aspiraba su aliento tibio y excitante... Sí, era duro renunciar a tomarla para sí, posesivamente, y amarla con toda la

vehemencia de que un hombre joven es capaz.

—¿Le pagaste? —preguntó él, al cabo.

—Los Bancos estaban cerrados y no pude llevar dinero —respondió ella—. Sin embargo, como tú sabes, poseo una pequeña cuenta a mi nombre. Extendí un cheque al portador por mil libras y se lo entregué; ese individuo lo aceptó, sin más. Pero dijo que había reflexionado y llegado a la conclusión de que tal cantidad suponía una cifra miserable, comparada con la importancia de su secreto. Me exigió diez mil libras, a cambio de su silencio. Pero yo no tengo diez mil libras y, por otra parte, jamás humillaría a mi padre pidiéndole esa cantidad, puesto que tendría que explicárselo todo. Y además...

—¡Calla! —La interrumpió Kasan, vivamente interesado—. Si ese tipo, el chantajista, se dispone a cobrar tu cheque, estará perdido. Le detendremos. El hecho de cobrar el cheque servirá como prueba de su culpabilidad.

—¿Estás seguro? —Elsa le miraba con esperanza.

—Desde luego. Irá a la cárcel y no podrá perjudicar a tu padre. Confía en mí. Pero antes, quiero que me describas a ese hombre. Con todo detalle.

Más serena, Elsa solicitó un nuevo cigarrillo y cerró los ojos.

—Pequeño y delgado, de rostro afilado, calva incipiente, orejas muy despegadas del cráneo y expresión huidiza. Tenía un mentón retraído y labios leporinos que me permitieron ver sus incisivos, largos y amarillentos. Vestía miserablemente: un chaquetón a cuadros, remendado, unos pantalones excesivamente anchos, con parches en las rodilleras, unos zapatones viejos, de cuero reseco. No llevaba calcetines, sino una especie de vendas...

Kasan se puso en pie de un salto.

—¡Horace Haste Klugman! —exclamó, muy excitado—. ¡Debí sospecharlo! Él chantaje cuadra perfectamente con ese miserable...

—¿Horace Haste Klugman? ¿De quién se trata?

—No te preocupes. Vamos, pequeña, tenemos que darnos prisa. Vendrás conmigo al Yard. ¿Crees que reconocerías a tu chantajista si lo vieses en una foto?

—Sí, estoy segura de ello —afirmó Elsa.

Kasan dejó un billete en la mesa y arrastró a la muchacha fuera del *pub*.

Quince minutos después se encontraban en los ficheros de New Scotland Yard.

Para cerciorarse de que Elsa no iba a equivocarse, Kasan le mostró en principio algunas fotografías de maleantes que se encontraban cumpliendo condenas en distintas prisiones del país.

Y luego, cuando los ojos de Elsa se posaron sobre el rostro de Horace Haste Klugman, ella lo señaló sin vacilar y exclamó:

—¡Éste! Es el hombre: no puedo equivocarme.

CAPÍTULO VII

A las once de la noche, Hugh Kasan se sentía fatigado.

Había recorrido los tugurios de Old Market y posteriormente se había trasladado al Southwark. Había permanecido más de media hora en aquel miserable cafetucho llamado The Red Frog, pero Haste Klugman no había aparecido.

Indagó, preguntó discretamente aquí y allá, visitando siempre los lugares más infectos, los paraísos del vicio, allí donde podía venderse o comprarse un rato de placer con una ramera o una dosis de cocaína. Haste había desaparecido; nadie daba noticia de él. Casi podría jurarse que se lo había tragado la tierra.

Cansado ya de ir y venir, Kasan penetró en un *pub* de Lemon Row y se sentó a una mesa, donde paladeó lentamente un *brandy* y fumó un par de cigarrillos.

Miró, distraído, al grupo de jovencitos que le observaban desde la barra. Todos ostentaban largas melenas vestían pantalones *blue jeans* muy ajustados y lucían cazadoras de cuero sintético con llamativos «transfer» a colorines.

Había algo más que hacía de ellos un grupo homogéneo: sus facciones macilentas y enfermizas y sus expresiones descaradas, desafiantes.

Kasan observó que bebían *whisky* y soda y pensó en lo magníficamente que les iría un plato de sopa caliente en lugar de aquellos brebajes.

Al cabo, los mozalbetes se marcharon, empujándose e insultándose.

—En fin, tarde o temprano, Haste irá al Banco a cobrar el cheque expedido por Elsa y entonces le agarraremos. Me encantará mantener con él una conferencia larga e interesante —se resignó.

Pagó y abandonó el local. Aspiró la última bocanada de humo y arrojó el cigarrillo sobre el pavimento de la estrecha y sucia Lemon Row. El muro de enfrente, desprovisto de puertas y ventanas, servía de soporte a grandes pilas de cajas de refrescos y cerveza. Más allá, a unos veinte metros de distancia, se veían varios cubos de basuras, uno de los cuales se había vertido y mostraba su nauseabundo contenido extendido sobre los húmedos adoquines.

Anduvo aprisa porque la niebla, fría y maligna, se cerraba sobre el callejón y traspasaba sus ropas.

De repente, uno de los grandes cubos de basuras salió despedido, le golpeó en la cadera y le derribó. Kasan juró entre dientes al notar que los hediondos desperdicios se vertían sobre él, manchando sus ropas.

Una cólera ardiente se apoderó de él. Fue a incorporarse y quedó rígido, apoyado sobre sus manos, al descubrir que seis personas le rodeaban.

La niebla, espesa, disminuía el fulgor de la más próxima lámpara de alumbrado callejero. Kasan no podía ver los rostros de los hombres que le cercaban, pero no era necesario esforzarse mucho para adivinarlo: se trataba de los mismos descarados golfos que le habían mirado petulantemente en el *pub*, unos minutos antes.

—Eh, «poli» —rió uno de ellos—. Vemos que tropezó. ¿Podemos echarle una mano?

Kasan se volvió y miró al que acababa de hablarle. Era un mocetón negro, cuyo rostro aparecía rodeado por una voluminosa y espesa cabellera rizada a la moda «afro».

Y vio algo más: la cadena de bicicleta que aquel mozalbete hacía balancear ominosamente en el aire, pendiente de la mano derecha.

Era indispensable mantener la serenidad, aunque la situación era ultrajante para él: el hedor nauseabundo que se desprendía de las basuras le hería en lo más íntimo.

—Está bien, muchachos —dijo con voz tranquila—. ¿Qué queréis?

Se oyó una risotada.

—¿Habéis oído, chicos? —Era el negro quien seguía llevando la voz cantante—. El sucio polizonte pregunta qué queremos. ¿No es él, acaso, quien recorre nuestro barrio, metiendo su nariz en nuestros asuntos, pavoneándose aquí y allá, humillándonos con la

exhibición de su credencial?

Kasan se irguió unos centímetros.

—No es bueno lo que hacéis, chicos. Podría acusaros de agresión a la autoridad. Y no es agradable pasar el invierno en un reformatorio para jóvenes o, tal vez en la prisión. Será mejor que desaparezcáis. ¡Marchaos!

Sus palabras obraron fulminantemente el efecto contrario. En lugar de obedecer, el círculo de moalbetes se estrechó a su alrededor. Se daban ánimos unos a otros, balanceándose sobre las caderas, escupiendo por la comisura de la boca y pronunciando maldiciones.

Súbitamente el golpe restalló sobre la espalda de Kasan, que apenas pudo aguantar el alarido de dolor.

El muchacho de color había manejado su cadena de bicicleta. Y a fe de Kasan, que aquel mocoso sabía hacer su trabajo a las mil maravillas.

El articulado acero le había alcanzado en la espalda, muy cerca del cuello. Y casi le había cortado la respiración.

Unos cuantos golpes de aquel arma en la cabeza podrían producir fácilmente una fractura de cráneo. Y como se trataba de su propio cráneo, Kasan comprendió que debía imponerse al violento ramalazo de dolor que le inmovilizaba y obrar con rapidez y contundencia.

—¿Tenéis miedo, cobardes? —Oyó el grito gangoso del negro—. ¡Vamos, calzonazos, golpeadle, machacadle! No temáis: no es más que vosotros o que yo. Sólo un hombre, un sucio representante del capitalismo británico... ¡Pulvericémosle!

La cadena de bicicleta se balanceó en el aire, tomando impulso. Y Hugh Kasan se incorporó de un agilísimo salto, agarró el extremo de la cadena y dio un tirón, rápido y seco.

El muchacho de color pesaría unos sesenta kilos y parecía excesivamente delgado para su estatura. Kasan, por el contrario, pesaba ochenta kilos y poseía una contextura dura y musculosa: El resultado, pues, fue lógico: el negro lanzó un alarido al sentir los huesos de sus dedos machacados y heridos y soltó la cadena.

Kasan la agitó en el aire y golpeó en el rostro al más próximo. El muchacho gimió entre dientes y cayó de espalda.

Fue un bello, veloz y rítmico baile el que el inspector Kasan

describió en medio del corro compuesto por seis jóvenes delincuentes.

Golpeó con la cadena, a puñetazos y con contundentes patadas dirigidas al vientre, de efecto fulminante. De repente, uno de los muchachos escapó al galopé. Y aquel movimiento fue el principio de la desbandada.

Kasan se sintió tentado de desenfundar su revólver y disparar al aire para detenerlos. Pero, en realidad, le bastaba con atrapar a uno solo de ellos.

El muchacho de color que le golpeará estaba en el suelo, derribado de una patada al vientre. Trataba de ponerse en pie y huir, cuando su chata nariz vino a tropezar con el cañón del revólver del inspector Kasan.

—En pie, despacio, hasta el muro de enfrente —indicó el policía. El mozalbete obedeció. Y temblaba de espanto.

—Oiga, no se atreverá a disparar. Sería..., sería un asesinato —balbució. Y sus ojos giraban, desorbitados de espanto, en sus cuencas—. ¡No..., no..., no puede hacerlo!

Kasan sonrió, sombrío.

—¿Quién me lo va a impedir? ¿Tú? Veamos, pequeño: pudiste matarme a golpes de cadena. ¿Qué puede hacer un policía cuando ve peligrar su vida? ¡Disparar su revólver para defenderse...! Será fácil: diré que estabas dispuesto a matarme. Tuve que disparar para salvar mi vida. La mala suerte hizo que mi bala fuera a incrustarse en tus sesos —explicó con voz lenta y fría.

Cara al muro, el muchacho de color se derrumbó. Sus piernas se doblaron, cayó de rodillas y comenzó a gemir.

Kasan se inclinó sobre él y acercó el cañón de su revólver al poblado cráneo del muchacho.

—¿Me equivoco mucho si supongo que Haste Klugman os entregó unas libras si me dabais una buena paliza? ¿O quizá fue más lejos y os encargó que me liquidaseis? —preguntó.

El mozalbete giró rápidamente el cuello y le miró, suplicante.

—¡Oh, no, no; no fue así, señor! Quiero decir que sólo nos encargó que le diésemos un escarmiento. Nos dio cinco libras a cada uno. «Rompedle algunos huesos a ese sabueso entrometido», nos dijo. Pero yo...

—¿Dónde se esconde Haste? ¡Rápido o te quemo esas greñas! —

gritó el policía.

—Está..., está muy cerca de aquí, señor. Tiene una buhardilla en Arcady Street. ¡Yo le guiaré!

Kasan sonrió aviesamente.

—Ya lo creo que me guiarás, amiguito. Tan seguro como que te clavaré un pedazo de plomo en la espalda si tratas de huir o engañarme. ¡Vamos, ponte en pie!

Arcady Street estaba muy próxima. A la buhardilla donde se cobijaba Haste Klugman se llegaba por un portal oscuro y hediondo, desde donde se ascendía a lo largo de una estrecha escalera de peldaños de madera.

Avanzaron, escalón por escalón, muy despacio, para evitar que las viejas maderas crujiesen.

—Es aquí —susurró el negro, deteniéndose ante la última puerta, por debajo de la cual se filtraba una rendija de luz.

—Llámale —ordenó Kasan, prevenido—. Si de tus palabras se deduce alguna contraseña que prevenga a Haste y le facilite la fuga, puedes encomendar tu espíritu al Todopoderoso.

—Descuide, señor. Al fin y al cabo, cinco libras no me obligan a exponer mi pellejo por Haste —aseguró cínicamente el muchacho. Y golpeó la puerta.

Se oyeron unos rápidos pasos, tan leves como los de un niño. Y Haste apareció en la puerta.

—¿Todo bien? ¿Le...? —Estaba diciendo ya, cuando vislumbró en la oscuridad el cuadrado rostro del inspector Kasan.

Su reacción fue muy veloz. Tan rápida que la puerta hubiera golpeado el rostro del policía si éste no hubiera permanecido alerta. Pero Kasan había adelantado un pie y Haste no pudo golpearle.

Con un gesto brusco, Hugh empujó hacia adelante al negro, que chocó contra el pequeño Klugman y le derribó. O mejor, ambos cayeron al suelo en confuso revoltijo.

En el suelo, Haste comenzó a murmurar maldiciones y amenazas. Según él, el inspector Kasan no tenía derecho a penetrar en su casa, a avasallarle ni a humillarle, etcétera.

Sin embargo, unos minutos después, Klugman se había derrumbado moralmente y parecía absolutamente dispuesto a confesarlo todo, a colaborar «lealmente», según sus propias palabras.

Sí, había decidido chantajear a mis Elsa McKinney al saber, casualmente, que la jovencita era hija natural de la fallecida Jane Butler.

—¿Cómo lo supiste? —quiso saber el inspector Kasan.

—Llevé a unos cuantos soldados a casa de Dolly McAdams. Lloriqueaba en su habitación y rezaba constantemente por el alma de Jane Butler. Dijo: «Si su hijita Elsa supiese que su verdadera madre ha muerto de forma tan horrible...». Me sentí intrigado, señor. Y logré sonsacarla. Supe así que *madame* tenía una hija natural. Jane la había cedido a un matrimonio sin hijos, una familia rica y prestigiosa. Así que me puse a pensar que un tipo habilidoso como yo podría sacar «tajada» de la situación y averigüé que dieciséis años atrás, Howard McKinney había adoptado a una pequeña llamada Elsie, es decir, Elsa. El resto...

Kasan le hubiera golpeado de buena gana, recordando la angustia sufrida por Elsa a costa de la codicia de Haste Klugman. Pero se contuvo.

—Bien, será muy duro para ti pasar unos cuantos inviernos en la prisión, Haste —pronunció lentamente, mirando con desprecio al hombrecillo.

—¿Va a detenerme, señor? —gimoteó el chantajista—. ¡Por Dios Todopoderoso!, usted sabe que yo no podría resistir un solo invierno en la prisión. Pero sí, sí, lo hará, lo sé. Encerrará en la cárcel a un pobre inválido, a un anciano débil y achacoso... ¡Espere! —Los ojillos del pícaro brillaban, aviesos—. Usted me interrogó a propósito del asesinato de Jane Butler y sus chicas. ¿Recuerda que le hablé acerca del individuo que conducía un «Talbot» aquella noche por Down River Lane?

—Sí, pero no acierto a comprender...

—Recordé poco después haber visto a aquel hombre con anterioridad. Me pagó..., me pagó cien libras esterlinas a cambio de cierta información —confesó Klugman.

—Bien, ¿de qué se trataba?

—Tal vez le interese saberlo, señor... Pero no se lo diré si continúa empeñado en encerrarme. ¡Y por Dios Todopoderoso que no me arrancará una sola palabra, aunque me torture!

Kasan sonrió. El viejo y ladino Klugman, se valía de todas las tretas imaginables para eludir la cárcel. En cierto modo, Hugh

sentía compasión por él, porque era cierto que Haste padecía todos los achaques conocidos y por conocer y era muy poco probable que pudiera superar una condena de seis años.

—Si te dejase en libertad, faltaría gravemente a mi deber. Sin embargo, si tu información resultase decisiva para identificar al asesino de Down River Lane, recomendaría al juez que fuese clemente contigo, Haste. Tal vez, sólo te impusiese una pena de prisión vigilada. ¿Te parece suficiente?

Klugman suspiró dramáticamente. Y empezó a hablar.

—Fue hace dos o tres meses. Ese hombre vino a verme y me habló de la muerte de Harriet Ludow, una anciana que murió achicharrada cuando se incendió el viejo caserón en que vivía, situado en Down River Lane, ¿recuerda? —Al ver que Kasan asentía, Haste prosiguió—: ¿Sabe qué quería saber aquel individuo? Me preguntó si yo estaba presente cuando murió la vieja Harriet. Le dije que sí y sacó algunos billetes. Se me fueron los ojos tras el dinero, lo confieso. «Le daré cien libras si consigue recordar, uno por uno, los nombres de las personas que presenciaron el incidente». Me extrañó su interés, pero por cien libras, yo soy capaz de recordar hasta el sabor de las primeras papillas que tomé cuando era un bebé. Y acepté. Fui haciendo memoria y anoté en un papel los nombres que aquel individuo quería.

Le entregué la lista. Y ahora recuerdo que en aquella relación estaban también los nombres de Margie Wheels Bond y Jane Butler y sus chicas...

CAPÍTULO VIII

Mi excelente Milton se había retirado ya a descansar, pero yo me rebullía en mi lecho, inquieto y dominado por la angustia.

Algo superior a mis fuerzas me impulsaba a abandonar la tibieza de las sábanas, a descender hasta el garaje, tomar mi coche y conducir a través de las húmedas calles de Londres.

Me contuve con un gran esfuerzo e incluso llegué a dormir. No era un sueño tranquilo, sino más bien una agobiante pesadilla.

De repente, desperté sobresaltado... ¡estaba soñando que de nuevo volvía a sufrir un ataque de catalepsia y tornaban a enterrarme... vivo!

Me sentía inundado de sudor y mi cerebro estaba dominado por las brumas. Sin embargo, hice un esfuerzo por mantenerme despierto, único medio a mi alcance para ahuyentar la pesadilla.

En silencio, con los ojos abiertos en mitad de la oscuridad de mi alcoba, sucesos ya pasados volvieron frescos a mi memoria.

Desde que estrangulara al doctor Selby, una obsesión se había apoderado de mí: debía adquirir una nueva personalidad, un nombre nuevo. Y después proseguir mis estudios de Derecho.

Estuve a punto de conseguirlo cerca de Melville, un pueblecito a treinta kilómetros de Londres.

Caminaba por la carretera al oscurecer, cuando escuché un tremendo crujido y el metálico rebotar sobre las rocas de un acantilado de algún objeto que me era imposible ver.

Corrí hacia allá y me asomé al abismo. Un automóvil se encontraba en el fondo, todavía humeantes sus planchas.

No había nadie en las inmediaciones, por lo que decidí descender con todas las precauciones comprensibles.

Al fin, pude acercarme al coche, completamente abollado. Su

único ocupante estaba muerto y sus facciones horriblemente deformadas.

Le registré rápidamente sin sentir ningún escrúpulo. A la luz de un fósforo encendido, revisé su documentación. Se trataba de un joven de mi edad, un estudiante residente en Londres.

Encendí otro fósforo y contemplé el cadáver con expresión crítica. Tenía suerte: aquel cuerpo tenía aproximadamente mis proporciones...

Le despojé rápidamente de sus ropas y me las puse. En un bolsillo interior encontré un abultado fajo de billetes, que conté al tacto, muy excitado. Había trescientas libras, que me ayudarían aún más a conseguir mi objetivo.

Logré volver a la carretera tras una larga y peligrosa ascensión. Unos faros de automóvil me deslumbraron. Quise huir, pero alguien gritó: «¡Alto, deténgase!». Y comprendí que se trataba de la policía.

Me esposaron y me introdujeron en un automóvil. Durante toda la noche, los policías estuvieron interrogándome sin cesar. Pero no lograron arrancarme una sola palabra.

Al amanecer, un policía de paisano penetró en la estrecha habitación y dijo:

—Hemos encontrado la pistola a poca distancia de la carretera. Es evidente que este hombre disparó sobre Harry Roberts y le asesinó para robarle. No será necesaria su confesión. ¿Acaso no robó al cadáver sus ropas, su dinero y su documentación?

Comprendí que la suerte estaba en contra mía. Sin embargo, decidí seguir callando. La policía no conocería jamás mi verdadera identidad.

Sé que consultaron los ficheros de Scotland Yard con la esperanza de encontrar mi descripción, mis huellas, mi nombre. Pero, naturalmente, nada encontraron.

Se me puso un nombre: John Smith. Y también una condena: treinta años. Algún tiempo después fui trasladado a una horrible prisión llamada Dartmoor.

Yo no pensaba dejar pasar mucho tiempo de mi vida, allí. Conocía un medio para escapar de la prisión con toda suerte de seguridades.

Yo había muerto ya una vez, al menos oficialmente. ¿Por qué no repetir la experiencia?

Sentí miedo. No era prudente tentar la suerte por segunda vez. Era... como desafiar a la misma Muerte.

De todas formas, yo estaba, dispuesto a escapar de Dartmoor, la prisión más segura de Inglaterra. Sabía cómo hacerlo: provocándome a mí mismo el estado cataléptico.

Esperé durante todo un año, que empleé en consultar todos los textos médico científicos de la biblioteca de la prisión. Al cabo de aquel tiempo, podría asegurarse que yo había conseguido, prácticamente, doctorarme en neurología.

Necesitaba algo más: conseguir que me nombrasen enfermero ayudante para tener acceso al botiquín de la prisión. Y también lo conseguí.

De esta forma, pude robar algunas dosis de un poderoso excitante. Y una tarde, me administré en mi celda una cantidad suficiente.

Pero aquella excitación artificial, no bastaba. Necesitaba excitarme de forma natural. ¿Cómo conseguirla?

¡Una buena pelea con un tipo odioso, repugnante y rastrero! El oficial Connally, vigilante de la galería G, reunía todas las circunstancias deseables.

A las nueve de la noche, en mitad del absoluto silencio que presidía la galería G, me acerqué a la reja de mi celda y grité estentóreamente:

—¡Connally! ¡Es usted un cerdo!

La mayoría de los reclusos de la galería G, dormían ya. Pero mi grito debió ser suficientemente sonoro como para despertarles, porque inmediatamente escuché el sordo rumor que se elevaba de entre los sucios catres que los presos ocupaban en sus covachas.

Luego se oyeron las pisadas recias de los zapatos de Connally, que se aproximaba a mi celda, regocijado, ávido de golpear mi cráneo con su porra de madera forrada de cuero.

Oí el rechinar de la llave en la cerradura. Y la puerta se abrió.

Connally, casi dos metros de humanidad en un cuerpo macizo y pesado, sonreía en la puerta, golpeándose la palma de la mano izquierda con la porra que balanceaba en la derecha.

Sus labios estaban crispados en algo que parecía una sonrisa. Y sus ojos desvaídos de alcohólico destellaban, ansiosos.

—¡Ajá! Conque eres tú, Smith —dijo. Y añadió con deliberada

lentitud—: Vamos, acércate. ¿O prefieres que entre yo a buscarte?

Salté sobre él, convertido en una furia. Porque, en verdad, yo odiaba a aquel hombre.

Tenía en mi izquierda, oculto, el rústico cuchillo, que yo mismo había fabricado sirviéndome del mango de una cuchara. Y con aquel elemental estilete le golpeé en el cuello.

La sangre, tibia y espesa, manchó mis manos. Y ello excitó aún más mi furor. Connally, estúpidamente sorprendido e indefenso, cayó de espaldas, sobre el quicio metálico de la puerta. Pero yo seguí golpeándole.

Zumbaban mis sienes, mi pulso golpeaba veloz y todo mi ser se sumía en la vorágine demencial de la excitación.

Oí la sirena de alarma, lanzando su tétrico ulular y los silbatos de los guardianes, que se aproximaban.

Súbitamente noté aquel golpe en el corazón. Desalentado, asfixiado, caí sobre el cuerpo de Connally y quedé rígido.

Naturalmente, riada puedo recordar de cuanto sucedió a mi alrededor en el espacio de tiempo comprendido en el momento en que perdí la consciencia y mi «resurrección» en las tinieblas de un féretro sepultado metro y medio bajo tierra.

Noté una tremenda convulsión dentro de mi ser y... volví a la vida.

Pronto, sin embargo, noté que el aire se enrarecía, al mismo ritmo que mi respiración se tornaba normal.

Parecía sobrenatural que un hombre fuese capaz de escapar de un pesado ataúd de madera completamente cerrado y sepultado bajo el espesor de más de un metro de húmeda tierra.

¿Qué podía esperar sino una horripilante y desesperada agonía dentro de mi féretro?

Pero yo no había dejado nada al azar. Cuando ingresé en Dartmoor poseía casi mil libras, de las cuales no podía disponer absolutamente, puesto que estaban en poder del intendente, pero sí podía legar mi dinero a cualquier persona.

En mi celda, debieron encontrar mi corto testamento, escrito sobre un forro de un paquete de cigarrillos, según el cual dejaba mi dinero a mi amigo Milton Hogan, que debía alcanzar su libertad al día siguiente de mi «muerte».

Había pactado con Milton Hogan. Y éste había jurado buscar mi

tumba en el cementerio local la noche del mismo día en que fui enterrado. Era una locura. Lo más seguro era que Hogan recogiese el dinero que yo le había legado y se marchase tranquilamente a disfrutarlo, olvidándose para siempre de su macabro deber como desenterrador.

Con una salvedad: Milton no se olvidó de su pacto. Tuvo un pequeño tropiezo en Dartmoor Village y no llegó al cementerio hasta el alba..., precisamente cuando yo comenzaba a asfixiarme en la fosa.

Hogan es fuerte, aunque de baja estatura, y consiguió sacar fácilmente el ataúd de las entrañas de la tierra. Había alquilado un automóvil —el motivo de su demora— y me llevó hasta él sin preocuparse de otra cosa que de sacarme del cementerio.

No nos separamos. Milton Hogan es hoy... Milton, mi mayordomo.

Pero antes de llegar a mi cómoda situación actual, transcurrió algún tiempo.

Pasé muchos meses en Cambridge, frecuentando el ambiente universitario y los *pubs* de los estudiantes hasta conseguir intimar, con Jim.

Jim medía un metro noventa y cinco centímetros, como yo. Era delgado y tan nervioso y resistente como yo mismo.

Jim me llevaba unos meses de edad, pero ello no fue obstáculo para que pronto nos hiciéramos amigos.

Por otra parte, Jim poseía otras múltiples cualidades. Por ejemplo: no tenía familia, de ninguna clase. Gozaba de una excelente pensión que procedía de una fundación benéfica pro-huérfanos de oficiales caídos en la Segunda Guerra Mundial. Ni siquiera tenía novia.

A pesar de que sentía una gran amistad hacia Jim, pronto comprendí que era absolutamente necesario que mi amigo muriera.

Yo había decidido ya usurpar su identidad, su pensión, su casi conseguido doctorado en Derecho. Todo.

Esperé hasta que Jim consiguió su doctorado. Al parecer, estaba decidido a servir a la justicia británica y yo mismo le animé a ello.

Durante año y medio, aguardé impaciente. Jim había conseguido todo lo que quería y debía trasladarse a Londres.

Por entonces, yo deseaba ardientemente que Jim fuese

atropellado por algún automóvil en circunstancias discretas o que muriese víctima de una indigestión de mariscos, pues era muy aficionado a estos manjares.

Pero poseía también una salud de hierro y no murió.

Finalmente, decidí hacerme cargo de la situación por mí mismo. Aproveché que Jim había liquidado todos sus intereses y relaciones en Cambridge y se disponía a ocupar su puesto en Londres.

Estudí meticulosamente un plan. Para llevarlo a cabo, despedí a Jim en la estación de Cambridge y le prometí que muy pronto volveríamos a vernos.

Así había de suceder. Porque Milton, siguiendo mis instrucciones, había alquilado un automóvil. En cuanto me separé de Jim, subí al coche que conducía Milton Hogan y partimos a toda prisa.

Llegamos a Scoremouth antes de que el expreso de Londres pasase por su estación. Saqué un billete, subí al tren y discretamente, busqué el departamento ocupado por mi excelente Jim.

Todavía recuerdo sus ojos desorbitados y su expresión de incredulidad cuando sintió su pecho traspasado por mi agudo y largo estilete, recuerdo de tiempos estudiantiles.

Bajé la ventanilla cuando ya el tren rodaba veloz y le arrojé fuera. Según habíamos acordado, Milton se ocuparía de hacer desaparecer su cadáver de forma que nadie pudiera encontrar ningún vestigio jamás.

Al día siguiente, Milton y yo nos encontramos en Londres. Para entonces, yo había adoptado por completo la personalidad de mi amigo Jim, vestía sus trajes, desempeñaba su trabajo y... percibía su sueldo y utilizaba el dinero de su cuenta corriente.

* * *

No sé qué diablos está ocurriendo. Noto algo raro en Milton. No me obedece ya callada y lealmente, como antes. Le he observado y he llegado a sospechar que Milton me odia.

¿Ambición, envidia, acaso? Tendré que pensar en ello.

Ésta noche, por vez primera, he caído en la cuenta de que a Milton le ha tocado la peor parte, si bien ambos nos hemos

esforzado por igual para alcanzar esta cómoda y deseable situación actual.

Tendré que observar a Milton. Debo estudiarle con cuidado. No sé...

* * *

Esta misma noche, al compás de mis recuerdos, la excitación se ha desatado en mí.

Hay algo tenebroso que se debate en mi interior. Lucho por ser un hombre honrado, por conservar mi prestigio y mi honor. Pero hay como un enemigo dentro de mí que me empuja a cometer acciones inconfesables...

He luchado tanto que me tiemblan las manos y mi respiración se ha tornado jadeante. Finalmente, he comprendido que no podré seguir luchando por hoy.

Es muy tarde. Mi reloj señala casi las tres de la madrugada.

¡Mejor! Los policías estarán fatigados, rendidos por el sueño. Y también mis víctimas... Pero ¿qué estoy pensando, qué horribles designios van tomando cuerpo en mi torturadamente?

Me he vestido cuidadosamente. Mi mejor traje de invierno, el gabán azul oscuro, los guantes. Ni siquiera he olvidado los gemelos de mi camisa o el pisacorbata.

He buscado en mi bureau aquella lista. Y he dejado correr un dedo enguantado en vertical.

Mi dedo señala un nombre. Angus Davis.

CAPÍTULO IX

Hugh Kasan apenas dirigió una ojeada al cuerpo del judío. En realidad, el cadáver de Angus Davis presentaba un aspecto horripilante, con las cuencas de sus ojos, vacías.

En la puerta de la tienda del usurero, una docena de curiosos de ambos sexos se esforzaban vanamente en introducir sus narices y fisgonear en el interior. Vanamente, puesto que cuatro robustos bobbies tapaban la entrada con sus anchas espaldas y mantenían el orden en la calle sin dificultades.

Kasan dirigió una distraída ojeada a los de huellas y al forense, que reconocía minuciosamente el cadáver de Angus Davis y luego se aproximó a aquella ventana de sucios cristales.

Sin embargo, pudo contemplar a través de los vidrios el sucio patio de vecindad. Aquel patio correspondía a la casa que en Old Market poseía Dolly McAdams.

Alguien había encajado aquella ventana desde el patio sirviéndose de un cordelito que ahora se movía a rachas, impulsado por el viento.

Es decir, el asesino había penetrado en la tienda de Angus Davis a través del patio y había huido siguiendo la misma vía de escape.

Profundamente intrigado, Kasan encendió un «Players», murmuró unas palabras al oído del detective Rossiter y salió a la calle.

Pocos minutos después penetraba en la confortable vivienda de Dolly McAdams.

Algunas chicas cuchichearon y rieron en una habitación próxima cuando Kasan cruzó el pasillo con dirección al patio.

—Bien, Dolly —dijo finalmente, volviéndose hacia la dueña del «negocio»—. Alguien penetró en la tienda de Angus Davis a través

de este patio. ¿Quiere hablar ahora o prefiere que la lleve al Yard acusada de complicidad en un asesinato?

Dolly dejó escapar un hipido y estalló en apresuradas protestas con las que expresaba su ansiedad por colaborar con la policía.

Un caballero se había presentado en su casa de madrugada y había sido atendido por Vivian. Ésta no podía recordar nada..., excepto que se había dormido poco después, rendida por el prolongado ajeteo a lo largo de la jornada.

¿Qué había hecho el caballero, cuando Vivian se durmió? Dolly no lo sabía, aunque aquella mañana había advertido que el muro estaba manchado de sangre precisamente bajo la ventana que comunicaba con la tienda de Angus Davis.

Dolly, a preguntas de Kasan, describió a su cliente: alto, delgado, elegante, bien enojado, gabán azul oscuro, rostro estrecho y demacrado, cabellos rizados, rubio oscuro...

Kasan abandonó la vivienda de Dolly McAdams y volvió a la tienda de Angus Davis, puesto que sabía que el capitán Rawlings había anunciado su visita para dirigir la investigación.

Hugh tenía una duda entre ceja y ceja. ¿Por qué aquel maniático asesino había respetado a Dolly y sus chicas y, por el contrario, había asesinado a un tipo oscuro y vulgar como Angus Davis?

Se detuvo de repente en plena calle y buscó en un bolsillo aquella relación de nombres que él mismo había escrito, dictada por Horace Haste Klugman.

—Qué tontería —murmuró en voz baja—. Es increíble.

Pero sus ojos recorrieron la lista. Y en ella no se citaban los nombres de Dolly McAdams ni de sus chicas.

Y sí, por el contrario, el de Angus Davis.

Kasan pestañeó, perplejo. Y volvió a encender un atrevo cigarrillo.

Una idea concreta comenzaba a insinuarse machaconamente en su cerebro. Tanto el asesinato de Davis como los de Margie Wheels Bond y Jane Butler y sus pupilas estaban relacionados con la muerte de Harriet Ludow, la anciana que muriese achicharrada en su casa poco más de un año antes.

—Así, pues... Lo que ese loco pretende es ir eliminando, uno por uno, a todos cuantos presenciaron, impasibles, la horrorosa agonía de la pobre vieja —murmuró, mientras caminaba distraído hacia la

tienda del judío Davis.

Una idea se enlaza rápidamente con la otra. Y Kasan comenzó a pensar que el asesino pudiera ser muy bien un familiar de Harriet Ludow...

—Tendré que investigar todo lo relacionado con la desgraciada anciana —decidió.

Pero en verdad lo que estaba deseando era entrevistarse con Elsa McKinney, a la que no veía desde el lunes.

Pero ¿qué iba a ocurrir con el supuesto asesino, Brian Ruthes? Para el inspector Kasan era evidente que Ruthes sólo era culpable del asalto —provocado por la operación Cebo— a la sargento Harrison y de un intento de robo en la casa de Jane Butler.

Pero el asunto estaba va en manos del fiscal, *sir* James Chlanders, y aunque Kasan insistió ante el capitán Rawlins para que Ruthes fuera exculpado del múltiple asesinato, nada había conseguido.

Sir James Chlanders, por otra parte, no aceptaba a Horace Haste Klugman como testigo que pudiera exculpar fácilmente a Brian Ruthes.

Había que trabajar aprisa, sin descanso. En cualquier caso, Hugh Kasan tenía su lista y ello le permitiría encargar a sus detectives de la vigilancia y protección de las posibles futuras víctimas del maníaco asesino.

En total, la lista estaba compuesta por diecinueve nombres. De aquellas personas, ocho habían muerto ya. Restaban, por tanto, once personas que podían ser asesinadas en las próximas noches.

Rawlings llegó poco después. Inspeccionó la tienda ceñudo, tosió, dirigió algunas preguntas al inspector Kasan, dejó escapar alguno de sus clásicos sarcasmos y se marchó en su coche, sin dejar de toser.

Kasan dejó a Rossiter encargado de supervisar las diligencias policiales y escapó, ansioso por hacer algunas averiguaciones respecto a Harriet Ludow.

* * *

Horace Klugman fue juzgado el viernes. El juez Spackman le dirigió un breve e incisivo sermón y finalmente decretó su libertad

vigilada.

Haste abandonó la corte frotándose las manos, regocijado. Gracias a su astucia y a sus inacabables recursos, había conseguido escapar bien librado.

Pero a pesar de sus iniciales buenos propósitos de regeneración, es difícil para un redomado y experimentado bribón volver al buen camino.

La noche del sábado, Horace distinguió a través de los cristales del *pub* The Good Ale la silueta familiar de un «Talbot» oscuro.

Lo justo hubiera sido que Horace corriese al teléfono y enviase un mensaje urgente al inspector Kasan. Pero Haste poseía una psicología sinuosa y una considerable ambición. Por tanto, lo que hizo fue abandonar el *pub* y correr tras el «Talbot».

El automóvil rodaba muy despacio y le resultó fácil darle alcance. Miró hacia el puesto del conductor y reconoció a aquel caballero de facciones demacradas y advirtió unos destellos dotados en la oscuridad.

—¡Usted! ¿Qué se propone?

—Poca cosa, señor —susurró Haste, no sin experimentar un escalofrío—. He pensado que tal vez le interesaría saber que Jane Butler tenía una hija.

Una mano enguantada se apoyó sobre el marco cromado de la ventanilla.

—¿Una hija? ¿Quién es? —La voz era autoritaria, enérgica.

—Ah, no, no, señor. Haste jamás trabaja por amor al oficio.

—¿Cuánto?

—¿Sería mucho pedir... cincuenta libras?

—No dispongo de esa cifra aquí. Tenga, le daré quince. El resto lo tendrá si viene mañana a verme a esta dirección.

Haciendo honor a su apodo, Haste tomó rápidamente el dinero y la tarjeta que el caballero del «Talbot» le ofrecía.

—Gracias, señor. La hija de Jane Butler se llama ahora Elsa McKinney. Hace dieciséis años, Jane permitió que los señores McKinney adoptaran a la niña. En la actualidad, señor, la hija de Jane Butler es una hermosa mujer, a quien todos admiran.

Los ojos del caballero destellaron en la penumbra del interior del vehículo.

—Bien. Márchese ahora —ordenó a Haste.

—Desde luego, señor. ¿A qué hora deberé presentarme a... recoser mi dinero? —preguntó, obsequioso.

—A las diez de la noche, mi criado le estará esperando. No hable de ello a nadie.

—Así lo haré, señor —prometió Haste. Y escapó raudo, con su ridículo trotecillo de vuelta al *pub*.

De ninguna forma olvidaría Haste aquella cita. A las nueve y media de la noche del sábado, se encaminó a la parada de taxis de Old Market y ocupó el automóvil de su amigo Richie Welles. La ocasión de cobrar treinta y cinco libras le permitía sobradamente gastar diez chelines en una carrera de taxi.

Recomendó a Richie que hiciera tiempo suficiente para llegar a las diez en punto a la altura del número doscientos catorce de Gall Street y conversó animadamente con el taxista, hasta que el vehículo se detuvo en la dirección requerida.

Haste, pues, pagó la carrera al taxista, añadió un chelín de propina y despidió a Richie.

A las diez en punto penetró en la casa número doscientos catorce, un sobrio pero elegante edificio de cuidada fachada. Se limpió el lodo de los zapatos en la estera metálica de la entrada y oprimió el timbre.

La puerta se abrió y un hombre de baja estatura, pero sorprendentemente robusto, le invitó a pasar.

—No, no tiene nada que decirme. El señor me dejó encargado que le entregase treinta y cinco libras. Adelante. Pase, por favor.

La puerta se cerró a su espalda. Haste, asombrado, contemplaba los carísimos muebles, la lujosa decoración, cuando el cuchillo que empuñaba Milton Hogan penetró por su espalda y le partió el corazón.

Despacio, sin un solo gemido, el miserable Haste Klugman dobló las rodillas y se arrugó como un guiñapo. Antes de que cayese y para evitar que la sangre pudiera manchar la preciada alfombra persa, Milton le tomó por las axilas y le arrastró hasta el sótano.

Por desgracia para él, Haste había olvidado algo sumamente importante: no había caído en la cuenta de que también él había asistido pasivamente al horripilante final de la anciana Harriet Ludow.

CAPÍTULO X

Hugh Kasan regresó a Brighton el martes por la tarde.

Se sentía sumamente confuso, a pesar del éxito obtenido en sus investigaciones. Y su estado de confusión era lógico: estaba casi seguro de que el asesino que buscaba no era otro que Franklyn Ludow, el único hijo de la anciana Harriet Ludow. Incluso había conseguido —colmo de su suerte— una huella dactilar de Franklyn Ludow, plasmada en una antigua póliza de seguro escolar.

Pero ¿de qué servía todo ello si el criminal que buscaba había muerto treinta años antes?

Sin embargo, Hugh Kasan era un hombre tenaz. Y se propuso comprobar exhaustivamente que Franklyn Ludow había muerto realmente. Su primer paso, por, tanto, fue intentar una entrevista con el médico que había certificado aquella defunción.

No tuvo suerte: el doctor Harold Selby había muerto poco después que Ludow. Estrangulado. ¿No eran extrañas las circunstancias que rodeaban la muerte del único hijo de Harriet Ludow?

Quedaban algunas personas en Brighton que aún recordaban al joven Franklyn Ludow. ¿Su personalidad? Todos coincidían en considerarle un desequilibrado, un psicópata.

Impulsado por una difusa razón, Kasan solicitó y obtuvo del honorable Symon, juez de Brighton, la autorización precisa para inhumar los restos de Franklyn Ludow.

Los sepultureros cavaron casi dos metros en el lugar preciso. Pero los restos, el esqueleto al menos, de Franklyn no aparecieron.

El honorable Symon, que asistía al acto, ordenó que fuera removida la tierra de los alrededores, aunque la ubicación de la tumba de Ludow estaba marcada por la enmohecida cruz de madera

tallada en un tablón. Sin embargo, los restos de Ludow no aparecieron.

Se habló de una profanación, del robo de aquel cadáver por algún audaz estudiante de cirugía. Pero tal razón no acabó de convencer al inspector Kasan.

Su idea, por insólita que pudiera parecer, era que Franklyn Ludow estaba vivo. No podía explicárselo, pero comenzaba a creerlo firmemente.

Tenía alguna idea sobre los casos de muerte aparente producidos por catalepsia, lo que le impulsó a informarse ampliamente sobre tal fenómeno.

Llegado a Londres, Kasan no se atrevía a informar al capitán Rawlings respecto a sus actividades en Brighton. ¿Cómo hacer comprender a su superior que el asesino de ocho personas era un espectro?

Poco después, en el Yard, le informaban que el criminal había vuelto a matar. Un policía había estado a punto de atraparlo, pero el desconocido asesino se había esfumado en las proximidades de Gall Street.

Sus víctimas eran tres individuos de pésimos antecedentes: Víctor Seymour, Allan Dubois, Bertrand Sims. Poseían una pequeña librería en Coronet Street, que explotaban como socios.

¿Cómo había conseguido sorprenderlos el asesino para asestarles las mortales y profundas puñaladas que atravesaron sus corazones? Había cuatro tazas de té. En tres de ellas, el laboratorio encontró restos de un poderoso somnífero. Esto lo explicaba todo: el criminal había narcotizado previamente a sus víctimas.

Para Kasan, el detalle más impresionante de aquel triple asesinato era que los tres figuraban en la lista dictada por Haste Klugman.

A fuerza de buscar un recurso que le permitiera identificar al escurridizo maníaco, Kasan decidió buscar a Haste Klugman. Entre él y Dolly McAdams, podrían describir lo más detalladamente posible al criminal y con sus datos obtener del identi-kit^[10] una foto-robot que sería distribuida entre todos los policías de Londres.

Afortunadamente, el capitán Rawlings se había ausentado del Yard, por lo cual, Kasan grabó su informe en un magnetófono y se marchó.

No encontró a Klugman en los lugares por los que solía merodear: los *pubs* de Old Market. Fue hasta Arcady Street y registró la buhardilla. Pero no encontró a Haste.

Ya desesperaba de obtener algún dato tangible, cuando penetró, hacia las nueve de la noche, en The Good Ale.

Paladeaba lentamente una cerveza, cuando oyó que alguien nombraba a Klugman. Era Richie Welles, un obeso taxista de Old Market.

—... que debe estar enfermo. No he vuelto a verle desde el sábado, cuando le llevé hasta Gall Street.

Kasan abordó inmediatamente a Welles y le interrogó:

—¿Dice que le llevó hasta Gall Street? ¿Recuerda el número?

—Sí. Era el doscientos catorce. No le vi entrar, pero ése fue el número que Haste pidió. Le dejé en la acera y me fui —afirmó Welles.

Kasan le dio las gracias y abandonó el *pub* sin terminar su cerveza.

El doscientos catorce de Gall Street. ¿No era por allí por donde se encontraba la residencia del honorable *sir* James Chlanders, el más famoso fiscal del Estado?

Quince minutos después, Kasan detenía su automóvil ante el número doscientos catorce de Gall Street. No se había equivocado: aquel edificio de la época victoriana era propiedad de *sir* James Chlanders.

Tras el volante, Kasan se preguntó inútilmente el motivo de la visita de un sujeto como Haste a la mansión del famoso fiscal. Pero no dudó. Poco después apretaba el timbre de la mansión Chlanders.

Un individuo de unos sesenta años, bajo y robusto, le recibió.

—Inspector Kasan, de Scotland Yard. ¿Podría ver a *sir* James?

—Lo siento, señor. *Sir* James se encuentra ausente. Sin embargo, ¿puedo servirle de alguna forma?

—Se trata... Bien, busco a un hombre llamado Horace Klugman. Un taxista me indicó que el sábado por la noche trajo a esta casa a Klugman. Nadie le ha visto desde entonces.

Ni un músculo se movió en aquel rostro cuadrado e inexpresivo.

—Debe ser un error, inspector. Puedo asegurarle que nadie visitó a *sir* James el sábado por la noche —respondió. Y añadió—: ¿Quiere dejar algún recado para *sir* James?

—No... No. Creo que no serviría de nada. Perdona la molestia. Buenas noches.

En la calle, Kasan encendió un «Players». Quizá con aquel instintivo gesto buscaba poner orden en sus enrevesados pensamientos.

Estaba pensando en *sir* James Chlanders. Un caballero de unos cincuenta años, de elevada estatura, rostro largo y enjuto, nariz aquilina, ojos claros y brillantes, cabellos rizados, de color rubio oscuro. Un hombre elegante, que manifestaba una decidida afición por las joyas costosas. En pocas palabras: el vivo retrato del hombre que Haste Klugman había descrito, el asesino.

—¡Estoy loco! —exclamó en voz alta—. Sencillamente, no es posible.

Se acomodó tras el volante de su automóvil. Claro que era absurdo imaginar a *sir* James, el famoso fiscal, como un maníaco asesino. *Sir* James, un hombre honorable, un profesional eximio, estaba por encima de cualquier sospecha. Posiblemente, todo tendría una explicación lógica.

Pero la idea martilleaba obsesivamente en su cerebro: Chlanders, sospechoso. Chlanders, en quien se conjugaban tantas coincidencias...

Dio al encendido y el motor vibró. Ya se disponía a arrancar, cuando exclamó vivamente:

—¡Soy un estúpido! Hay una forma de salir de dudas. Bastará comparar la huella dactilar de Franklyn Ludow con las de *sir* James. Si coinciden...

Condujo a velocidad excesiva hasta el palacio de justicia. Bajó del coche y se entrevistó con el conserje.

—Siento molestarle, Hurley, pero ocurre que él sábado estuve en el despacho de *sir* James. He perdido mis documentos y sospecho que debieron escurrírseme del bolsillo mientras conversaba con él. ¿Le importaría que echásemos un vistazo? —rogó, con expresión amable.

—No supone ningún esfuerzo, inspector. Acompañeme.

Hurley le guió hasta el despacho, que abrió con una de las llaves de su llavero. Y mientras el conserje buscaba en el suelo, Kasan dirigió una ávida mirada a la mesa de trabajo. ¡Allí estaba la agenda profesional de *sir* James, con sus tapas de plástico brillante y

pulido!

En un descuido de Hurley, la tomó por los cantos y la deslizó en un bolsillo de su gabardina.

—Creo que es inútil, Hurley —dijo, enseguida—. Tal vez perdí mis documentos en otro lugar. ¿Ve algo?

—Nada, señor. Créame, lo siento.

—No se preocupe. Los encontraré. Gracias y buenas noches.

Abandonó el edificio. Poco después, se encontraba en el laboratorio de Dactiloscopia del Yard. Y Evans, el especialista, ofrecía su veredicto:

—Ambas huellas son idénticas, inspector. Pertenecen a la misma persona. No existe la menor duda.

Evans acababa de decirlo: Franklyn Ludow, dado por muerto treinta años atrás y el honorable *sir* James Chlanders, fiscal del Estado, eran la misma persona.

Naturalmente, habría que demostrar que Chlanders era culpable de doce asesinatos escalofriantes, pero Kasan sabía lo que tenía que hacer.

Ya corría hacia la calle, cuando el sargento Parkberry le detuvo con un grito.

—¡Espere, inspector! Hay una llamada urgente para usted.

Impaciente, Kasan tomó el teléfono que Parkberry le tendía y exclamó:

—Hugh Kasan al habla. Por favor, sea breve. Tengo prisa.

—¡Hugh, al fin! Soy Howard McKinney. Mi esposa y yo estamos aterrados. Tiene..., ¡tiene que ayudarnos!

—¡Señor Howard! ¿A qué viene...? Por favor, serénese y explíquelo todo con calma.

Pero a McKinney no podían pedirle calma en aquellos momentos. A trompicones, tartajeante e interrumpiéndose a cada momento para sollozar, consiguió explicar a Kasan lo que quería.

Alguien había llamado hacia las nueve de la noche a Elsa. Quienquiera que fuese, debía de ser una persona de confianza, puesto que Elsa se había apresurado a sacar su «Aston Martin» del garaje, tras lo cual desapareció sin dejar recado.

—Hace apenas diez minutos... Elsa llamó por teléfono. Su voz..., su voz sonaba alterada, vibrante de terror... Llamaba, según dijo desde una cabina telefónica situada en las galerías Souterby... Dijo:

«¡Por favor, por favor, avisad a Hugh! ¡Estoy en peligro de muerte!». Y eso..., eso fue todo, Hugh. Ahora... Elizabeth y yo nos sentimos despavoridos. Entiéndalo, conocemos muy bien a Elsa y sabemos que ella estaba amenazada de muerte. ¡Escuche, escuche, Hugh! Debe venir ahora mismo. Elsa habló por teléfono desde mi despacho y ese teléfono está conectado a un magnetófono que graba automáticamente todas las conversaciones que a través de él se realizan. ¿Lo comprende? Podemos averiguar algo útil a partir de estas grabaciones...

—De acuerdo, señor McKinney. Estaré ahí dentro de unos minutos —respondió Kasan. Y colgó el teléfono.

Inmediatamente, se volvió hacia Pakberry y ordenó:

—Sargento, sin pérdida de tiempo envíe un radio mensaje a los autopatrullas próximos a la zona comercial de Chelsea, galerías Souterby. Hay una mujer en peligro. Se trata de *miss* Elsa McKinney. Me dirijo a la residencia de Howard McKinney e inmediatamente después, volaré en dirección a las galerías Souterby. Telefonee a Rossiter y entérole de la situación. Informe también al capitán Rawlings. Eso es todo.

—Está bien, inspector. Así lo haré, pero...

Kasan no podía escucharle ya. Corría como un campeón de cien metros libres en dirección a su automóvil, estacionado junto a la fachada posterior del Yard.

Voló a través de las calles de Londres y contravino una docena de veces todos los preceptos de circulación, pero diez minutos después se entrevistaba con el matrimonio McKinney.

Le aguardaban expectantes. Y había huellas de un hondo sufrimiento en sus pálidos rostros.

—Vayamos a su despacho —propuso Kasan, sin perder un segundo. Y McKinney le precedió.

De un cajón de su mesa sacó el magnetófono automático. Rebobinada la cinta, McKinney oprimió el botón de reproducción.

Transcurrieron dos, tres segundos. Y luego la voz de Elsa:

Sí, sí, soy yo. ¿Quién llama?

Verá, señorita McKinney, soy James Chlanders, fiscal del Estado.

—¡*Sir* James! ¿Qué..., qué ha ocurrido? ¿Se trata de Hugh Kasan?

—Acierta, señorita McKinney. Pero no debe alarmarse. El

inspector Kasan me citó en las galerías Souterby. Él quiere que usted venga aquí también.

—Pero..., ¡pero Hugh me hubiese llamado personalmente, si hubiese necesitado algo urgente de mí! —Elsa parecía muy confusa y trémula.

—Por favor, señorita McKinney. Yo he acudido a la cita del inspector Kasan. Acabo de encontrarle en los lavabos de caballeros de la tercera planta-sótano. Está herido, pierde mucha sangre y ha rogado que venga usted aquí, ahora mismo. ¿Va a venir?

Se oyó un gemido que puso un nudo en la garganta del policía de Scotland Yard.

—¡Dios santo, Hugh herido! ¡Es... espere, *sir* James! Salgo enseguida. Estaré..., estaré ahí en pocos minutos.

Se oyó el característico «clic»: la grabación había terminado.

De repente, Kasan salió corriendo hacia la salida de la casa, sin dar la menor explicación.

Su urgencia estaba suficientemente explicada: había reconocido la voz de *sir* James Chlanders. La voz de Chlanders que mentía.

—Ha debido averiguar que Elsa es hija natural de Jane Butler. Y va... ¡va a asesinarla! —murmuró.

Encendió el motor y arrancó con un chirrido de neumáticos. Mientras conducía hacia Chelsea, Hugh iba pensando que la planta tercera-sótano correspondía al aparcamiento de automóviles de las inmensas galerías Souterby. Aquello era un tremendo dédalo de galerías subterráneas, sin vigilantes, pues el control de vehículos y el cobro se realizaba de forma absolutamente mecánica.

De modo que Chlanders había escogido el sitio más seguro para cometer un nuevo asesinato en la mayor impunidad.

Mientras sorteaba el denso tráfico de vehículos para encontrar un hueco por donde adelantar, deseó de todo corazón que el sargento Parkberry hubiera cumplido sus instrucciones con toda urgencia y que los coches de la policía se encontrasen ya en las inmediaciones de las galerías Souterby.

Finalmente, giró a la izquierda, cruzó un semáforo en rojo y penetró en la calzada de servicio ante la fachada del importante edificio Souterby.

Dos automóviles radio patrulla habían tomado posiciones ya en las proximidades y Jack Rossiter se apeó unos segundos más tarde

de un pequeño utilitario azul.

Kasan no perdió mucho tiempo en dar sus instrucciones.

—Hay un hombre en la tercera planta del sótano que se propone cometer Un asesinato. La mayoría de ustedes le conocen: se trata de *sir* James Chlanders. Veo_ que se sienten muy sorprendidos, pero mi orden es ésta: disparen sobre él en cuanto lo tengan a su alcance. La persona que Chlanders va a matar se llama Elsa, Elsa McKinney... Es joven, rubia, guapa... Bien, la dotación de uno de los coches montará guardia en las salidas del aparcamiento. El resto vendrá conmigo. Vamos, Jack: sube a mi coche. Simularemos que sólo nos proponemos estacionar en la tercera planta. El resto de los agentes descenderán a pie. Adelante.

Esperó hasta que Rossiter subió por la izquierda y se acomodó a su lado.

Luego arrancó y enfiló hacia la entrada marcada por un gran cartelón que decía:

«Aparcamientos, pl. tercera-sótano».

CAPÍTULO XI

Es curioso: ya no hay pugna en mi cerebro. Se terminó la angustia y tensa lucha interior. Ya no tengo enemigo con quien luchar. Porque he decidido firmemente que sólo importa para mí la venganza.

He decidido matar a Elsa McKinney, convencido ya de que ella no es sino la hija natural de aquella ramera llamada Jane Butler. Mataré a Elsa como exterminaré a todos aquellos que vieron morir entre las llamas a mi pobre y loca madre, Harriet Ludow, sin mover un dedo para mitigar sus horribles sufrimientos.

¡Pobre madre mía! Te volviste loca al ver aparecer aquella noche a tu hijo, resucitado. Quizá fue un error traerte a Londres, comprar para ti el caserón de Down River Lane y permitirte vivir en la soledad, como tú querías. Pero eso ya no tiene remedio.

En cuanto o. Milton..., creo que yo también empiezo a odiarlo. Le he sorprendido espiándome varias veces. Tal vez aguarda la ocasión más propicia para asesinarme... ¡La envidia corroe su corazón!

Milton se ha atrevido a reprocharme esas muertes. ¡El, que siempre me ayudó a matar! Pretende que olvide mi venganza, que borre de mi cerebro y de mi corazón la sed de sangre. ¡Pobre iluso!

Esta misma tarde se acercó, silencioso, a mi lado y me preguntó si iba a necesitar el coche. Me extrañó, pero le contesté que no lo necesitaría.

Y entonces ¡el muy estúpido se atrevió a pedírmelo! Dijo que necesitaba, algún dinero, ¡como unas mil libras! Y que también le era preciso disponer de un coche. ¿Trata de huir tal vez?

Naturalmente, me negué a entregarle el dinero y le prohibí terminantemente que utilizase mi coche. ¡No faltaba más que un simple criado pasease por las calles de Londres en el automóvil de

su señor...!

Me he olvidado fácilmente de Milton. Al fin y al cabo, ¿qué es él, sino un peón insignificante, que sólo debe cumplir mis órdenes?

Aguardo, impaciente, que llegue la hora. Al fin, he tomado el teléfono y marcado un número. ¡Ha resultado tan fácil engañar a esa pobre joven con el señuelo de un enamorado herido y ansioso de su presencia!

Poco después de las ocho, he sacado mi pistola de un cajón y he guardado mi estilete en su funda. Prefiero el estilete: es más silencioso y eficaz, pero debo llevar también la pistola, por si surge alguna eventualidad.

He llegado a las galerías Souterby diez minutos después. Mañana es fiesta y las tiendas permanecerán hoy abiertas hasta las nueve. Tengo tiempo suficiente.

Desciendo lentamente hacia la planta tercera-sótano, aparcamiento. Sé que al fondo están los lavabos. A la derecha los de caballeros, a la izquierda, los de señoras.

Un desvergonzado ha pasado conduciendo su coche tan próximo a mí que por poco no me atropella en mitad de la rampa de bajada. ¡Gentuza...!

Hay muchos automóviles todavía en el inmenso aparcamiento, quizá quinientos. Atravieso por entre los vehículos, siempre hacia el fondo. He entrado en el lavabo: será fácil permanecer aquí, simulando que utilizo los servicios sanitarios, sin inspirar sospechas.

De nuevo en el aparcamiento, alguien sale del ascensor. Es un jovencito afeminado, un representante del gay-power.

Pero este sinvergüenza inoportuno... me molesta.

El estilete parece haber surgido por sí mismo de su funda de ante. Pero han sido mis manos las que han impulsado el acero en un tajo que acaba de abrir de parte a parte la garganta del jovencito.

Su sangre ha formado un enorme charco sobre el piso de hormigón. Si alguien llegara ahora, me pondría en un compromiso.

Pero hay que obrar rápidamente. Lo he tomado por los pies y le he arrastrado hasta el lavabo de caballeros.

Oigo un rápido taconeo cercano y me detengo. ¡Es ella, Elsa McKinney!

Está inmóvil, a unos pasos de mí, contemplando con horror el cuello degollado del muchacho. Y ha gritado a voz en grito:

—¡No es él, no es Hugh! ¡Usted..., usted me ha engañado, *sir* James!

Claro que la he engañado. Me hubiera gustado matarla sin escándalo, calladamente, en el interior de los servicios. Pero me temo que esto no va a ser posible, porque Elsa ha adivinado mis intenciones y corre ya entre las filas de automóviles estacionados.

He tenido que abandonar el cuerpo de mi víctima, de cuyo cuello siguen brotando borbotones de sangre. Mi pistola está al alcance de mi mano y rápidamente, quito el seguro y aprieto el gatillo.

Elsa ha desaparecido tras un coche. ¿Le he acertado, ha resultado ilesa? En cualquier caso, algo me dice que debo escapar de aquí cuanto antes, si no quiero ser atrapado. ¡Este maldito entrometido...!

Corro hacia la rampa de salida. Un coche baja zumbando por la de entrada... ¡Es Kasan!

La sorpresa me ha paralizado por un segundo. Pero, no debo temer, estoy seguro que ni Kasan ni el hombre que le acompaña, me han visto.

Huiré por la rampa de entrada, es más directa y rápido el camino.

Un nuevo automóvil me corta el paso. ¡Es..., es... mi propio «Talbot», conducido Milton Hogan!

Milton no viene en mi socorro, lo sé. Me basta con mirar su rostro crispado y sus ojos brillantes de odio. ¡Va a atropellarme contra el muro!

Retrocedo atropelladamente, al tiempo que oigo el potente zumbido de mi poderoso «Talbot», a mis espaldas.

¡Loco de Milton! Corre detrás de mí fanáticamente, sin reflexionar en que corre peligro de muerte. Ha sonado un tremendo crujido detrás. Por encima de mi espanto, he girado el cuello y mirado atrás, esperando ver el «Talbot» estrellado contra los muros de hormigón que flanquean la rampa.

Pero no, sólo ha sido un salvaje roce de sus planchas laterales.

¡Corro, corro, corro, sintiendo mis pulmones a punto de estallar y mi corazón al límite de su resistencia...!

Claro que Milton me odia, claro que ha venido dispuesto a asesinarme. Siempre me odió, ahora lo sé con clarividencia.

Pero ¿qué ocurre? ¡Condenación, he tropezado y mi cuerpo rueda sobre el piso hasta chocar con el muro!

El golpe ha sido tan brutal que apenas puedo moverme. Pero consigo incorporarme. Y es entonces cuando el más hondo horror se apodera de mí: el «Talbot» se precipita hacia mi persona a cien kilómetros por hora. Y no puedo evitar mi ronco alarido de espanto:

—¡No, noooo, estúpido! ¡YO MORIRE, PERO TU VAS A MORIR TAMBIEN...!

CAPÍTULO XII

Atrás quedó la planta tercera-sótano envuelta en humo; atrás quedaron Jack Rossiter y los otros policías, los bomberos y una ambulancia.

Delante estaba el fresco aire nocturno de la calle, las luces de los anuncios luminosos y la agradable y familiar niebla de Londres.

Hugh Kasan llevaba abrazada junto a su pecho a Elsa McKinney, ilesa. Y cuando penetraron en un coche radio patrulla, Elsa alzó su rostro convulso y murmuró:

—No lo entiendo, no logro comprender nada.

Hugh la atrajo hacia sí tiernamente. La besó en los labios yertos y acarició sus largos cabellos.

—Todo es muy extraño, sí. Franklyn Ludow era un ser anormal, que poseyó un raro privilegio: el de morir tres veces. Era un loco. Su razón estaba dividida: quizá los psiquiatras dirán que se trataba de un caso de doble personalidad. En él convivían el profesional honrado y honesto, con el criminal más depravado. Cuando su madre murió achicharrada, la locura le impulsó a cometer los más atroces crímenes como venganza. Mañana todo estará resuelto. Dolly McAdams reconocerá en su cadáver al hombre que asesinó al judío Davis y eso bastará. Todo lo demás..., será mejor olvidarlo.

—Pías dicho Franklyn Ludow. ¿Quién era? —preguntó Elsa, atónita.

—Franklyn Ludow y el honorable *sir* James Chlanders eran la misma persona. Pero olvídale todo. Piensa en nuestro próximo fin de semana, que comenzará el viernes...

—Ni lo pienses. —Elsa sonreía, por fin—. No permitiré que te separes de mí, por ahora. Mañana mismo emprendemos el viaje a Terrimoor. Y el capitán Rawlings tendrá que comprender o...

Hugh no la dejó seguir hablando. La besó apasionadamente, hasta perder la respiración y la cobijó en sus brazos. Entretanto, el automóvil se puso en marcha. Atrás quedó el horror.

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS 100 000*, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...

Notas

[1] Horacio El de las Prisas. < <

[2] Especie de bebida alcohólica, caliente. < <

[3] Taberna típica inglesa. < <

[4] Apelativo familiar con el que los londinenses designan a los policías de uniforme que hacen sus rondas en las calles. < <

[5] Víspera de Todos los Santos. «Día de las Brujas», en los países nórdicos y de tradición sajona. Según la leyenda, en este día son libertadas las brujas. Los niños lo celebran arrojando cohetes y petardos o encendiendo hogueras. < <

[6] Accidente nervioso repentino, histérico, caracterizado por suspensión total del movimiento voluntario y la sensibilidad. Los miembros quedan rígidos, la respiración y el pulso se hacen tan lentos que son casi imperceptibles; el cuerpo palidece y se enfría, como cuando sobreviene la muerte. El ataque suele durar desde unos minutos hasta varios días. < <

[7] Wheels: ruedas, en inglés. < <

[8] Cebo, engaño, añagaza, en inglés. < <

[9] La Rana Roja. < <

[10] Famoso sistema de identificación de delincuentes, mediante la superposición de placas transparentes con ojos, nariz, labios, etc., que van configurando un rostro determinado. < <